



CHINA.—Fumadores de opio. (Pág. 47).

DESPUES de la última encíclica de Leon XIII pidiendo oraciones é invocando la generosidad de los fieles por la conversion de los pueblos idólatras, parécenos oportuna una ojeada general sobre el apostolado católico y sobre los resultados obtenidos.

La Europa, á pesar de serias agitaciones, es teatro de consoladoras y gloriosas conquistas. En Inglaterra el movimiento católico sigue progresando bajo la mano firme y vigorosa del episcopado, y acaso no esté léjos el día en que la Gran-Bretaña consagre á la verdad su oro y su prodigiosa actividad. La Polonia ofrece siempre el hermoso espectáculo de una nacion que no quiere morir y que en la lucha hace comunes la causa de la religion y la de la patria. ¡Nada tan elocuente como los ayes de sus sacerdotes desterrados á Siberia! En cuanto á la Suiza, sus obispos, reunidos poco há en sínodo, trazaron de la situacion religiosa de este país un cuadro lleno de esperanza.

Mientras Alemania continúa robusteciendo su fe y mostrando que nada puede la fuerza contra los derechos de la conciencia, las provincias é islas vecinas de la Grecia que el cisma oriental habia aletargado por tanto tiempo, parecen recobrar nueva vida: entre otros, el Ilmo. Rafael d'Ambrosio, arzobispo de Durazzo, enumera los resultados verdaderamente consoladores de sus treinta años de apostolado, y el Ilmo. Paoli construye en su diócesis escuelas y una vasta catedral.

En Constantinopla se acentúa cada dia la influencia del Catolicismo. Una asamblea de obispos cismáticos habia depuesto al patriarca legítimo, Rmo. Hassun, y

negado obediencia al Romano Pontífice; y la Sublime Puerta, favoreciendo estas divisiones, habia concedido el *berat* de investidura al Ilmo. Kupelian. Pero no tardaron los disidentes en volver á la verdadera fe: los dos jefes del error se han sometido á la autoridad legítima y han recibido de manos del Rmo. Hassun la absolucion de las censuras eclesiásticas en que habian incurrido: además, se han reanudado las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y la Sublime Puerta, y los obispos reunidos en sínodo eligen pacíficamente el sucesor del nuevo Cardenal.

Volvamos nuestras miradas á las iglesias del Asia. De Armenia, de Mesopotamia, de la Persia, de las Indias, de la China y del Tong-king llegan las más dolorosas nuevas: el hambre, tan terrible hace dos años, se anuncia más general aún y más desastrosa. Por esto los Pastores y sus ovejas imploran con lágrimas la caridad de los fieles del Occidente.

Empero la Providencia hace servir tan dura prueba para la propagacion del Catolicismo. En esos infortunados países se multiplican las conversiones. Sin contar los niños menores regenerados antes de morir por el agua del santo Bautismo, ¡cuántas almas han escuchado la buena nueva y han sido fortificadas por la esperanza cristiana! La China, por tanto tiempo cerrada á los extranjeros y envuelta en sus tradiciones seculares, nos ofrece tambien consolador espectáculo. Dividida en cinco provincias eclesiásticas, han podido los obispos reunirse en sínodo y arreglar pacíficamente los asuntos de sus iglesias.



Al lado de estas esperanzas no faltan motivos de temor. En el Tibet la menor imprudencia podría comprometer los trabajos del apostolado. Recientemente los lamas, aprovechando la agitacion causada por la llegada de algunos exploradores austriacos, trataron de amotinar contra los misioneros aquel pueblo, tan celoso de su independencia. Dios, sin embargo, disipó la tempestad, y sólo algunas pérdidas materiales fueron por fortuna las únicas consecuencias de este viaje científico emprendido sin carácter oficial y que hubiera podido costar muy caro á la religion y á la civilizacion. En Manchuria no se ha cerrado todavía la Era del martirio, gracias á la recelosa política de los mandarines.

La crítica situacion de las Misiones de Corea parece mejorarse. De todos los países del extremo Oriente la Corea es el único que ha continuado hasta hoy en su sistemático aislamiento. Las potencias europeas han dirigido sus miradas á esta península inhospitalaria: la cruz, como siempre, se aprovechará de la política y del comercio; y esto nos permite vislumbrar el fin de una persecucion secular.

Pero en estos países pacificados vemos surgir un nuevo peligro. Mientras el apostolado fué el camino del martirio, la herejía dejó á nuestros misioneros en su soledad y les abandonó el peligroso monopolio de la predicacion. Hoy los ministros anglicanos avanzan bajo la proteccion del pabellon británico, sostenidos por la influencia de los cónsules ingleses y americanos, y rodeados de todo el prestigio de la opulencia. Efectivamente, una sola de las numerosas sociedades bíblicas recoge todos los años recursos cuatro veces más considerables que los de la *Obra de la propagacion de la fe*.

Venga, pues, en nuestra ayuda y aumente de día en día la caridad de los católicos, y podrán los misioneros abrir una escuela católica al lado de la protestante, asegurando de este modo el porvenir de todas las cristiandades.

Un publicista decia poco há que nuestra época veía llegar la hora del Africa. En efecto, atrevidos exploradores penetran en el negro continente y descubren innumerables pueblos cuya existencia no se sospechaba. También la Iglesia ha enviado allí sus apóstoles. ¡Consolador espectáculo! El Africa, en otro tiempo bendecida por los Ciprianos y los Agustinos, parece destinada á ser, por medio del Evangelio, una tierra hospitalaria, y sus reyes acogen con respeto á los sacerdotes de Jesucristo. Ocasión tendremos de hablar á nuestros lectores de los trabajos y triunfos obtenidos por los Jesuitas, Oblatos, Lazaristas, misioneros del Espíritu Santo y sacerdotes de las Misiones africanas; del providencial establecimiento de estos últimos en medio de las tribus del Nyanza, así como de su triunfo sobre los misioneros protestantes. En fin, para bendecir el apostolado africano y dar á esos pueblos el gran ejemplo del trabajo, hé aquí que ha florecido el yerno. Hace algunos meses 31 Trapenses fundaron la abadía de Dunbrody en el vasto vicariato del Ilmo. Ricards. La vispera habian desembarcado en medio de los aplausos de toda la colonia, satisfecha por ver realizado el pensamiento de su venerable Pastor.

Sin embargo, la Iglesia del Africa encuentra en su camino algunos contratiempos. El venerable Sr. Massaja,

después de doce destierros sucesivos, habiase captado la confianza y la amistad de Menelik, rey de Choa, cuando el emperador de Abisinia, Ati Juan, obligó á este Príncipe á expulsar nuevamente al Obispo y á sus misioneros. Lleno de años y de achaques, el Ilmo. Massaja ha dejado la continuacion de su obra á su coadjutor y compañero de apostolado, Ilmo. Taurin Cahagne, y últimamente el nuevo Vicario apostólico dirigiase de nuevo al puesto del peligro y del honor.

Otro peligro asoma en Madagascar. La herejía, sostenida por Inglaterra y amparada por el poderoso pabellon británico, amenaza á la Mision de los Betsileos. La libertad religiosa está allí proclamada por la reina de los Malgaches; pero los predicantes ingleses, después de una lucha sorda é hipócrita contra las escuelas católicas, han emprendido al fin una violenta y brutal persecucion contra los alumnos y sus maestros. Por desgracia nuestros misioneros no encuentran en los cónsules de las naciones católicas más que una estéril proteccion.

En América y en la Oceania no tenemos que señalar suceso alguno de importancia; pero la creacion de nuevas diócesis y el nombramiento de nuevos obispos atestiguan el trabajo constante y la vitalidad de la Iglesia católica.

Este sencillo bosquejo de la situacion actual de las Misiones clama con urgencia á la generosidad de nuestros lectores. Sin duda, para la ejecucion de sus designios, no necesita Dios de nosotros; pero ya que en la marcha ordinaria de los acontecimientos ha resuelto que los hombres contribuyan á la accion de la Providencia, no nos mostremos infieles á tan magnífica vocacion, y unidas nuestras limosnas á nuestras preces, apresuren el momento señalado para la conversion de los pueblos.

## EL PATRIARCADO DE ANTIOQUÍA.

### III.

#### ANTIOQUÍA EN LOS TIEMPOS APOSTÓLICOS.

Bajo los Seleucidas habiase propuesto Antioquía destruir Jerusalem; durante siglos dirigió sus armas contra la ciudad de Dios, y de ésta precisamente recibió la vida y su más pura gloria.

En tiempo de los Apóstoles era Antioquía la metrópoli de todo el Oriente, y por aquel mismo tiempo vino á ser la metrópoli espiritual del universo entero.

San Jerónimo, Eusebio y demás antiguos escritores afirman á una que Antioquía fué la primera Sede de Pedro.

«El cuarto año de la Ascension de Nuestro Señor al cielo, habiendo partido de Jerusalem el apóstol Pedro, vino á Antioquía la Grande, y predicó en ella la palabra de Dios. Encargóse por sí propio de la administracion de este obispado y sentóse en la cátedra de esta Iglesia (1).»

Ya los Apóstoles habian traído á ella la fe inmediatamente después de la Ascension de Nuestro Señor (2).

(1) *Crónica de Alejandria.*

(2) Qui dispersi fuerant à tribulatione quæ facta fuerat sub Stephano, perambulaverunt usque Phœnicem, et Cyprum, et Antiochiam. (*Act. Apost.* xi, 19).



Los que se habían encaminado directamente á Antioquía y predicado en ella los primeros, pronto fueron seguidos por otros discípulos del Salvador, distinguidos por su fervor y habilidad, que llegaban de Chipre y de Cirene. Advertidos del bautismo de Cornelio en Joppe y de la manera como Pedro se había explicado tocante á los incircuncisos, trasladáronse á Antioquía.

Dirigiéronse ante todo á los judíos como á primogénitos de la familia santa; pero, encontrándoles poco dóciles al Evangelio, lo predicaron á los gentiles.

En esta ciudad recogieron abundantes frutos de conversión. Viendo los magistrados que el nuevo culto perfeccionaba la práctica de todos los deberes sociales, permitían entonces abrazarlo.

En menos de un año la semilla evangélica fructificó en Antioquía con tan felices resultados, que los mismos Discípulos quedaron admirados de los progresos que hacía la obra divina. Dios les ayudaba visiblemente, obraban prodigios, curaban á los enfermos y echaban á los demonios (1).

Pedro, que residía aún en Jerusalem, supo con alegría estos triunfos. Queriendo interesar á los judíos cristianos en la conversión de los gentiles, reunió la Iglesia de Jerusalem para deliberar sobre las medidas que podían tomarse para favorecer los progresos de la Iglesia de Antioquía, y se resolvió por unanimidad enviar alguno á Antioquía, ya fuese para aprobar, ya para desarrollar la obra comenzada. Propúsose al efecto elegir entre los antiguos Discípulos un hombre de gran reputación, elevado á la dignidad de primer pastor ú obispo, y de encomendarle la dirección de los fieles de Antioquía. La elección recayó en Bernabé, griego de origen, por lo cual conocía perfectamente la lengua que se hablaba en Antioquía, y lleno de los dones del Espíritu Santo (2).

Bernabé partió al punto, y llegado á Antioquía quedó encantado de la inocencia, fervor y orden que reinaba en la nascente Iglesia; felicitó á los Discípulos que la habían formado, y exhortó á los neófitos á perseverar en su santa vida (3).

Juntando sus predicaciones á las de los Discípulos, Bernabé ganó muchos gentiles para Jesucristo, en términos que pronto se vió impotente para atender á todas las necesidades, y reclamó auxilio.

A la sazón vivía en Tarso su patria Pablo, el perseguidor convertido de Damasco, muy conocido de Bernabé, que le había acogido en Jerusalem á su regreso de aquella ciudad. Bernabé, que conocía su celo, su talento y actividad, partió para Tarso, y volvió con Pablo á Antioquía (4).

En los tres años que vivió en esta ciudad, Pablo vió prosperar la obra entre sus manos. La Iglesia de Antioquía, ilustre siempre más por la presencia de tales obreros, vió luego aumentar en su seno el número y fervor de sus fieles.

En Antioquía fué donde los discípulos de Jesucristo tomaron el nombre de *cristiano* que los Mártires debían pronto hacer ilustre (1).

Esta cristiandad se hizo tan floreciente que muchos obispos, consagrados por los Apóstoles, vinieron á visitarla, mirándola como la cuna de la Iglesia de los gentiles.

Jerusalén, donde aún residía Pedro, era sin duda el centro de la religión; pero este privilegio de la Iglesia de Jerusalem, compuesta de un corto número de judíos convertidos, no debía subsistir más que hasta la traslación de la Sede de Pedro á la capital del Imperio romano.

Roma era la elegida por Dios para recoger la fuente del ministerio apostólico, pero no había llegado todavía el tiempo en que Pedro tomase posesión de esta Sede en la nueva Jerusalem. Estaba reservado á Antioquía ser la primera Sede del Príncipe de los Apóstoles, del Vicario infalible de Jesucristo: *Prima Cathedra Petri, Antiochia*.

Pedro dejó Jerusalem el año 36. San Juan Crisóstomo dice que vivió largo tiempo en Antioquía, y según san Gregorio el Grande, fué siete años obispo de esta ciudad en el sentido, no de residir personalmente en ella, sino del particular cuidado que tenía de dicha Iglesia.

Extendiéndose la fe por el Occidente, vino Pedro á establecer definitivamente su Sede en la misma capital del mundo, Roma.

Celebra el Occidente la fiesta de la Cátedra de san Pedro en Roma el 18 de Enero, y el Oriente celebra la de la Cátedra de san Pedro en Antioquía el 22 de Febrero.

La Iglesia de Antioquía hacíase cada día más floreciente, y á ella acudían los obreros evangélicos más distinguidos, como los Simón, los Lucio, los Manahén, hermano de leche de Herodes rey de Galilea, y algunos otros á quienes se llamaba profetas, título de honor dado á los obispos.

Uno de ellos (año 41), llamado Agabo, recibió de Dios una revelación que comunicó á los Discípulos (2). Según ella un hambre espantosa debía afligir al Imperio romano, del que entonces formaba parte la Palestina, y así sucedió. Los cristianos de Antioquía abrieron al punto una suscripción que ascendió á una suma considerable, y comisionaron á Bernabé y Pablo para que la llevasen á sus hermanos necesitados de Jerusalem.

A su llegada los dos Apóstoles encontraron encendido contra aquella Iglesia el fuego de la persecución.

La Sinagoga había armado el brazo de Herodes, y la primera víctima fué Santiago. Encerráronle en la cárcel, y pocos días después lo decapitaron. La Sinagoga, rencorosa y cruel, parecía dispuesta á exterminar á los cristianos.

Pero Santiago era sólo uno de los doce: conocían al Jefe, y la Sinagoga reclamó al mismo tiempo su libertad y su vida.

Pedro fué arrestado inmediatamente y metido en la cárcel. Libertado por el Ángel del Señor, fué devuelto á la Iglesia; pero tuvo que alejarse, y predicó sucesivamente á los judíos dispersos por el Ponto, la Galacia, la Capadocia, el Asia proconsular y la Bitinia. Después de

(1) *Erat manus Domini cum eis, multusque numerus credentium conversus est ad Dominum. (Act. Apost. xi, 21).*

(2) *Et miserunt Barnabam usque ad Antiochiam... Barnabas autem erat vir bonus, et plenus Spiritu Sancto et fide. (Ibid., 22, 24).*

(3) *Qui cum pervenisset et vidisset gratiam Dei, gavisus est, et hortabatur omnes in proposito cordis permanere in Domino. (Ibid., 23).*

(4) *Profectus est Barnabas Tharsum ut quæreretur Paulum. (Ibid., 25).*

(1) *Docuerunt turbam multam, ita ut cognominarentur primum Antiochiæ discipuli Christiani. (Ibid., 26).*

(2) *Act. Apost., xi.*



su larga permanencia en Antioquía, partió para Roma, dejando encomendada á su discípulo Evodio aquella Iglesia (año 43).

Bernabé y Pablo, despues de visitar todas las Iglesias de Palestina y de distribuir las limosnas que se les habian confiado, volvieron á Antioquía con un nuevo obrero, Marcos, discípulo muy querido de Pedro, y encontraron á los cristianos de dicha ciudad tal como los habian dejado, en paz y en santo fervor. Reuniéronlos para darles cuenta de su comision y noticias de sus hermanos de las demás Iglesias, y continuaron ejerciendo su ministerio en medio de ese pueblo.

Un año despues, en ocasion que los obispos reunidos en Antioquía celebraban los divinos misterios, dejóse oír de ellos la voz de Dios por una secreta inspiracion. «Separadme Pablo y Bernabé, les dijo el Espíritu Santo; porque tengo que confiarles otra empresa.» Pusieronse todos en oracion, y los obispos impusieron las manos á los dos Apóstoles, que se dedicaron inmediatamente á su nueva mision. Pablo tenia entonces cuarenta años de edad, y hacia once que era discípulo de Cristo.

Despues de varias excursiones apostólicas por el Asia Menor, Pablo y Bernabé volvieron á Antioquía (año 47). No puede explicarse cuánta fué la alegría de sus habitantes cuando, despues de dos años de separacion, vieron unírseles sus primeros maestros en la fe, y con cuánto consuelo oyeron de su boca el feliz éxito de sus trabajos en Seleucia, Chipre, Pafos, Pamfilia, Pisidia, Iconio, Licaonia, y otros lugares del Asia Menor.

Tuviéronlos en su compañía cerca de un año, siendo preciso separarse de nuevo, pues convenia que la buena nueva fuese llevada á todas partes; pero una controversia que amenazaba perturbar la Iglesia de Antioquía motivó la pronta vuelta de los dos Apóstoles.

Falsos hermanos se habian presentado en Antioquía predicando la necesidad de la circuncision. Los cristianos convertidos del gentilismo que formaban aquella Iglesia, hasta entonces pacíficos y tranquilos en la fe de sus apóstoles, habian sido envueltos de improviso en confusion é intranquilidad, y fuéron en masa al encuentro de Pablo y Bernabé, que les tranquilizaron; mas para acabar con toda discusion, acordóse consultar á Jerusalem, siendo elegidos al intento los dos Apóstoles. Estos fueron recibidos con gozo y veneracion por Pedro, que habia regresado de Roma; Santiago, Juan y los ancianos.

Reúnese la Iglesia de Jerusalem: habla Pedro; su palabra es decisiva, y los Gentiles son declarados exentos de la circuncision.

El Concilio ordena que se unan á Pablo y Bernabé dos miembros ilustres, Judas y Silas, para llevar su decision á la Iglesia de Antioquía. Los comisionados son recibidos con profunda veneracion; presentan á la asamblea la carta pastoral de que eran portadores, y su lectura es acogida con general alegría (1).

Judas y Silas predicán continuamente y con felicísimo resultado. El primero vuelve al fin solo á Jerusalem, y su compañero se queda en Antioquía. Pablo y Bernabé continúan todavía durante algun tiempo su apostolado en esta ciudad.

Pedro habia seguido de cerca á Pablo á Antioquía, vi-

sitando sucesivamente las principales Iglesias y confir-mándolas en la fe.

Despues de predicar en Éfeso (año 51), fué Pablo á visitar y consolar á los cristianos de Samaria y de Galilea, y por último á Damasco; pero su entrañable afecto á la Iglesia de Antioquía y el que le tenian los fieles de ella moviéronle á pasar por tercera vez algun tiempo en su compañía.

Tal era viviendo el Príncipe de los Apóstoles la organizacion de la Iglesia universal: Pedro residia en Roma, capital del mundo y en particular del Occidente; en ella habia establecido definitivamente su Sede, y desde ella dirigia toda la grey de Jesucristo; de modo que no habia más que un rebaño y un pastor.

Antioquía, capital del Oriente, honrada por haber tenido provisional asiento en ella la Cátedra de san Pedro, era regida en lo espiritual por el obispo Evodio; y Alejandria, capital del Egipto y del Mediodía, tenia por obispo á Marcos, discípulo de Pedro, que le habia enviado para que en su nombre fundase allí una Iglesia.

Las tres Iglesias de Roma, Antioquía y Alejandria son llamadas por excelencia patriarcales y apostólicas con motivo de la suprema dignidad de san Pedro, á quien deben su fundacion.

Un historiador (Darras) resume los gloriosos títulos de Antioquía diciendo:

«Antioquía, la metrópoli de Siria, la tercera ciudad del universo, compendio de las maravillas del mundo, como entonces se decia, rivalizaba en esplendor con Alejandria y con la misma Roma. Ciceron dice que era el centro intelectual del Oriente, y que el brillo de las letras y de las ciencias de que se habia hecho santuario respondia á la magnificencia de sus palacios, de sus templos, de su circo y de sus bazares, en donde se acumulaban todas las riquezas del Asia. Sus comunicaciones extendíanse por todo el universo. El imperio que Jesucristo habia venido á fundar en la tierra hizo suyas las capitales del mundo pagano para convertirlas en los baluartes de la fe.»

«Al dejar Antioquía por Roma, dice el célebre Rabano Mauro, san Pedro colocó en dicha ciudad la Sede patriarcal.»

En ella dejó como titular á su discípulo Evodio, con cuyo acto ejerció su jurisdiccion universal. Desde entonces el patriarcado de Antioquía ha tenido el Oriente bajo su jurisdiccion.

## CORRESPONDENCIA.

### ANAM.

En el mes de Enero del año anterior hubo gran fiesta entre los Ba-hnars. Estos pobres salvajes, que algunos misioneros evangelizan hace más de treinta años con heroica perseverancia, recibian por vez primera la visita de su obispo. El Ilmo. Galibert, vicario apostólico de la Cochinchina oriental, afrontando los peligros y las fatigas de un viaje por las montañas malsanas en que viven, fué á consolar, y animar con su presencia á sus hijos más desgraciados, así como los más amados; proveer á las necesidades de aquella parte de la Mision y orar sobre la tumba de los animosos misioneros que una muerte prematura arrebató en gran número, víctimas de su celo y de la insalubridad del país.

Con este motivo escribió el Ilmo. Galibert una extensa relacion, de la que extractamos los siguientes párrafos:

(1) Gavisi sunt super consolatione. (Act. Apost. xv).



Queriendo cerciorarme por mi mismo del bien que convenia hacer entre los salvajes y de los medios que podian emplearse para su ejecucion, he comenzado mis excursiones visitando á nuestros queridos Ba-hnars. El Rdo. Vialleton, que debia servirme de compañero y de guia, habia llegado á Anam á fines de Diciembre de 1879.

En los primeros dias de Enero nos pusimos en camino, y una semana despues nos hallábamnos en medio de

nuestros cristianos. El viaje fué penoso: todo el dia debíamos seguir tortuosos senderos á través de espesos bosques, y por la noche nos tendíamos al raso, encendiendo á nuestro alrededor grandes hogueras que revivábamos de vez en cuando para alejar á las bestias feroces, tan numerosas en estas montañas.

No obstante, cuando al octavo dia encontré, á una hora de distancia de la primera cristiandad, á los reve-



SUIZA.—Iglesia de San Pedro y San Pablo en Berna. (Pág. 66).

rendos Roger y Soubeyre (1) á la cabeza de unos 600 neófitos que habian acudido procesionalmente, desapareció como por encanto toda fatiga y experimenté indecible satisfaccion y contento. Tenia, en efecto, á la vista á mis pobres hijos, los más desheredados de la natura-

(1) Este jóven misionero ha pagado su tributo á la insalubridad del país, muriendo en Agosto último.

leza, pero ricos de fe desde que han sido hechos herederos del reino de los cielos.

Por otra parte, era la primera vez que un obispo venia en medio de ellos, pues la persecucion y las enfermedades no habian permitido á mis venerables predecesores visitarles. ¡Cuán dichosos se consideraban! Atesiguáronme su alegría á su modo, y me hicieron una fiesta



á lo salvaje, pero como nadie recuerda haberla visto en el país.

A los cristianos juntáronse los paganos, tomando tambien parte en ella los pueblos vecinos. Reuniéronse todos los *tam-tam*, grandes y pequeños, que pudieron encontrarse, en número de 40 ó 50, y durante dos días y dos noches los jóvenes (en este país todos son músicos) movieron un ruido infernal golpeando sus instrumentos á más y mejor, y produciendo la armonía que es de suponer.

Terminada la fiesta de la recepcion, los paganos se volvieron á sus casas y los cristianos se dispusieron inmediatamente á recibir los santos Sacramentos.

Tenemos en estas montañas 1,500 neófitos repartidos en cuatro cristiandades poco distantes entre sí. Visité cada estacion con la posible solemnidad, y en menos de un mes hube terminado.

A pesar de lo que gozábamos en vivir juntos, los misioneros me instaron á emprender mi regreso, temiendo que me atacase la fiebre si prolongaba mi permanencia en aquel país insalubre. Gracias á Dios y á los fraternales desvelos de que me vi rodeado, he vuelto á Anam tan bueno como el día de mi partida.

Mientras visitaba las comarcas evangelizadas durante más de treinta años por el Rdo. Dourisboure, este querido hermano enfermó de gravedad en Anam. Hacia tiempo deseaba volver á sus queridos Ba-hnars bendecidos por un obispo, y aún eran más vivos mis deseos de tener á mi lado á tan santo misionero para aprovecharme de su mucha experiencia; pero Dios lo dispuso de otro modo, y tuvimos los dos que hacer un sacrificio. Desde entonces ha mejorado su salud, y ha podido volver á su puesto.

Después de este viaje, me he convencido enteramente de cuán necesario es y tambien urgente fundar algunas estaciones intermedias entre Anam y el país de los Ba-hnars, lo cual haría más seguro el camino, y nuestros hermanos podrian hacer llegar hasta sus bosques las cosas más necesarias de que se han visto privados hasta el presente á consecuencia del mal estado de los caminos y de su poca seguridad.

Tambien he podido darme cuenta de las dificultades que encuentra la evangelizacion de esos pueblos. Además de la insalubridad del país, que miro como el primero y mayor obstáculo al celo de los misioneros, el carácter naturalmente orgulloso del salvaje no se doblega fácilmente á las enseñanzas de la fe; su amor á la independencia se concilia poco con las prácticas cristianas, y su entendimiento obtuso y tardío no acaba de comprender las verdades de nuestra santa religion. Además de esto cada misionero sólo puede predicar en un pueblo, pues estando las tribus en hostilidad casi continua, si quiere ejercer en otras partes su ministerio, pronto sus primeras ovejas le mirarán como un enemigo y no escucharán su voz.

Mas por grandes que sean estas dificultades, lejos de desalentarnos, estamos seguros de que podremos vencerlas con el favor de Dios. Pues nos ha dicho el divino Maestro: *Docete omnes gentes*, evidentemente no ha excluido de esta enseñanza pueblo alguno, y por lo tanto quiere la salvacion de esos pobres salvajes, por quienes derramó tambien su preciosísima sangre.

## CHINA.

*Carta del Rdo. Renault, misionero apostólico del Kuang-si.*

28 de Agosto de 1880.

...Confiábamos tener pronto en el Kuang-si dos ó tres nuevas estaciones, y efectivamente todo iba por buen camino; pero ¡ah! el demonio no podia ver con buenos ojos que nuestra santa religion se implantase en esta parte de su imperio. Mientras el Rdo. Sauchières era insultado y entregado á merced de una banda de leprosos que la malevolencia habia ajustado á gran precio é instalado en su casa; mientras se veia precisado á dejar su habitacion, cuyo techo amenazaba desplomarse bajo el peso de miles de guijarros lanzados por una poblacion enemiga del nombre cristiano, tocóme á mí tambien buena parte en esta persecucion. Centenares de hombres armados de palos y antorchas vinieron de noche á incendiar la madera que tenia dispuesta para la construccion de una modesta casa á diez leguas de aquí, destrozando además todo cuanto les venia á las manos.

No obstante mis pasos y reclamaciones que en ausencia del Ilmo. Foucard dirigí á la prefectura de Nan-nin-fu para pedir justicia, sólo he conseguido una reparacion ilusoria con buenas palabras; pues los mandarines se obstinan en echar la culpa á la enemistad del pueblo, y pretenden además que nuestras compras eran ilícitas, porque los vendedores no se habian presentado antes á las autoridades locales, á tenor de los decretos del virey de Canton. Con esta arbitraria disposicion quisiera éste obligarnos á comunicar á los mandarines locales todos nuestros pasos, siendo este, só pretexto de protegernos, un medio de conocer nuestros actos y estorbarlos.

No pudiendo obtener más amplia justicia, tuve que aceptar cualquier acomodo, porque nuestra situacion es aún tan precaria en el Kuang-si, que á la vez que protestamos contra la violacion de nuestros derechos, tenemos que sufrir, por espíritu de conciliacion, muchas vejaciones.

Esto no obstante, en el mismo Nan-nin-fu fijábanse al lado de los pretorios pasquines excitando al pueblo contra nosotros, prohibiendo se nos alquilase ó vendiese casa alguna, y amenazando con el saqueo y el exterminio á todo el que contraviniese esta orden.

Hallábame de regreso en Chang-se-tcheu hacia un mes, cuando tuve conocimiento de tales manejos; y en ausencia del señor Vicario apostólico, que estaba en Canton para resolver otros asuntos pendientes, tuve que dirigirme de nuevo á Nan-nin-fu para protestar y pedir á los mandarines que obrasen con energía contra los fautores de esa excitacion popular. Quise tambien aprovechar esta circunstancia para establecerme en esta localidad, que por su posicion junto al rio y por su importancia comercial, está llamada á ser un centro considerable. Una vez establecidos en esta ciudad, podríamos tratar amistosamente y con mayor facilidad nuestros asuntos con las autoridades locales, y esparcirnos por el campo y las demás ciudades de segundo orden. En efecto, relegados como estamos á las fronteras del Tongking, forzosamente permanecemos ignorados y en la imposibilidad de obrar como convendria. Pero el demonio, demasiado celoso de esta plaza fuerte, en donde reina como dueño y señor, no podia dejarme penetrar



en ella pacíficamente. En vano traté de comprar ó siquiera alquilar una casa. Muchos que me hubieran cedido la suya veíanse retenidos por el temor y las amenazas que todos los días se les hacía por medio de pasquines. Entonces recurrí á los mandarines; pero, como eran cómplices de nuestros enemigos, tratáronme de impedir mi instalacion por todos los medios posibles. Ofreciéronme sus pretorios y hasta las pagodas de la ciudad, cuando sabian perfectamente que no podía aceptar sus ofrecimientos. Con esta condicion prometían protegerme, lo cual, á su decir, no podrían hacer eficazmente si me establecía en una casa del interior de la ciudad. Todo esto era pura charla, y no me hice ilusion alguna tocante á sus sentimientos. Seguros de mi respuesta, esperaban obligarme á partir. Pero no queriendo darles una victoria demasiado fácil, me mantuve en mis trece, y por espacio de veinte días permanecí, á pesar de un calor sofocante, en una barca, á la vista de todo el mundo y á despecho de los mandarines que no podían desalojarme y veían su responsabilidad gravemente comprometida si se me infería algun daño. De este modo confiaba yo con perseverancia conseguir algun resultado.

Así las cosas, llegó el 30 de Abril, y con este día apareció un nuevo pasquin en el que se concedía tres ó á lo más cinco días al *diablo de extranjero* para que tocasse las de Villadiego, y finido este plazo debía reunirse el pueblo á orillas del río y al son del tam-tam para obligarme á ello. Hice tan poco caso de esta amenaza como de las precedentes, y continué tranquilo en mi barca.

El 4 de Mayo á las tres y media de la tarde un notable de la ciudad advirtió confidencialmente á mi doméstico que los mandarines se habian reunido en una pagoda para ver qué partido debían tomar conmigo, y que habian resuelto expulsarme á viva fuerza, ya que no se podía por otros medios. En consecuencia, me aconsejaba el tal fulano que pusiese en seguro mi dinero y mis papeles, pues podría originarse algun tumulto. Sin dar enteró crédito á esta confidencia, creí prudente, sin embargo, ordenar mis asuntos; mas aquel día nada ocurrió. Solamente supe por la noche que en efecto se habian reunido en una pagoda las autoridades y los notables, pero no habia podido traslucirse el tema de su conversacion.

La mañana del día 5 transcurrió tranquila. Antes de la una ví llegar en silla, al son del tam-tam, el subprefecto de la ciudad seguido de una inmensa muchedumbre cuyo número iba engrosando. Miles de almas cubrieron en pocos momentos, no solamente las márgenes del río, sino las murallas. El subprefecto, no queriendo aparecer como capitán de aquella turbamulta, ó hacer sospechar que la habia conducido de intento, fué á saludar á otro mandarin que estaba de paso junto á la orilla del río, como si realmente no le hubiese traído allí otro objeto; pero, terminada esta visita, ocupó una barca próxima á la mía, y rogóme que subiese inmediatamente á su lado, porque un instante despues no podría contener á la multitud.

Apenas me hube instalado, aquella inmensa turba, hasta entonces pacífica, obedeciendo á una orden dada, segun se dice, por un empleado del pretorio, comenzó á gritar: «¡Fuera el *diablo de extranjero*! ¡Matarle!

¡matarle!» acompañando su gritería con una lluvia de piedras que caían delante de nuestra barca. Digo expresamente delante, porque ningun proyectil vino á dar en donde me hallaba con los mandarines, y ni uno solo de los agresores se atrevió á tocar los objetos que habia dejado en mi barca, á poca distancia de la orilla y guardada por un solo hombre. Evidentemente era un golpe ya preparado de antemano. Inventaban todos los medios posibles para hacer insostenible mi posicion y obligarme á partir, evitando herirnos ó poner mano en cualquiera de nuestros objetos. El subprefecto estaba allí so pretexto de protegerme, pero la poblacion conocia perfectamente sus hostiles intenciones.

En tal coyuntura no creí acertado permanecer más tiempo en aquel punto, lo cual hubiera excitado inútilmente á la plebe, que hubiera podido entregarse á más graves excesos, y en caso de accidente los mandarines, para eximirse de toda responsabilidad, no hubieran dejado de calificarme de imprudente. Al contrario, cediendo á la violencia, no les daba ocasion de vituperar mi conducta y acusarme de ser la causa de mi desgracia; fuera de que aún me quedaba el recurso de acudir á nuestras autoridades para volver á la carga.

Así, pues, transcurrida media hora, en medio de aquella confusa gritería y bajo una granizada de piedras, tuve que alejarme, seguido de los aullidos y rechiflas de la multitud. El prefecto, el subprefecto y los demás mandarines que habian acudido para desempeñar su correspondiente papel en aquella comedia, en armonía con el carácter chino, confundíanse en excusas, rogándome no les acusase, pues eran impotentes contra una multitud incapaz de obrar segun razon.

El Ilmo. Foucard se hallaba entonces en Canton, y no podia, por consiguiente, consultarle; así es que despues de reflexionarlo bien determiné ir directamente á enterme con S. I. y elevar mis quejas al cónsul.

Partí, pues, con gran disgusto de los mandarines, que hubieran querido verme tomar otra direccion. Pero habiendo tenido noticia por el camino que nuestro Vicario apostólico se hallaba de regreso en su residencia, tuve que retroceder, dirigiéndome por tierra á Chang-se, á diez jornadas de distancia. Llegué la antevíspera de la Santísima Trinidad, y allí supe que al día siguiente de mi partida la casa comprada hace tres años en Nan-nin-fu habia sido completamente destruida por el populacho reunido al son del tam-tam, sin que los mandarines hubiesen dado el menor paso para evitarlo. Enteré al ilustrísimo Foucard de todo lo acontecido, y S. I. tomó de nuevo el camino de Canton para conferenciar con el cónsul y pedir justicia.

Ninguna satisfaccion se nos ha dado hasta el presente, pero esperamos que Dios hará servir esta prueba para su mayor gloria. Como las otras provincias, el Kuang-si tiene marcada su hora para recibir la luz del Evangelio; y cuando aquella hubiere sonado, á pesar de todas las mañas de los mandarines, Dios será con nosotros y combatirá por nosotros. Aliéntanos, pues, una firme esperanza, y estamos dispuestos á volver á la liza á la primera ocasion. ¿Quién sabe si la Providencia ha permitido los desastres de este año para hacernos conocer mejor de este pueblo y hacer más sólida y durable nuestra instalacion?



## MINDANAO.

*Carta del P. José Ignacio Guerrico, de la Compañía de Jesús.*

Tamontaca, Enero de 1880.

La Mision de Tamontaca es la primera que tomó á su cargo la Compañía de Jesús desde su expulsion de Filipinas en 1768. No era la que naturalmente se hubiera escogido para dar principio á nuestras Misiones, ya por las pocas comunicaciones que habia, ya porque no se veia qué fruto podia esperarse de una Mision tan aislada y en tierra de moros, de quienes en general suele esperarse poco fruto. Al llegar nosotros á Manila en 1859 con la esperanza y deseo de ocuparnos en las Misiones de Mindanao, nos encontramos con el empeño

del Ayuntamiento de que nos encargáramos de la Escuela municipal. Ocupados en ella algunos Padres y no sabiendo aún por qué punto deberíamos empezar nuestras Misiones de Mindanao, nuestro celoso superior, el Padre José Fernandez Cuevas, dió una vuelta por la isla para reconocer el terreno, tocando entre otros puntos en Zamboanga, Davao y Pollok.

Cuando en vista de las observaciones del P. Cuevas estábamos para elegir el punto por donde debíamos empezar nuestras Misiones con el refuerzo de misioneros llegados de España, sin haberse aún decidido la cuestion, vino á resolverla el comandante general de Mindanao, D. José García Ruiz, quien al recibir en Madrid dicho cargo, exigió del Gobierno le concediese llevar consigo misioneros de la Compañía de Jesús. A consecuencia de



CABO DE BUENA-ESPERANZA.—Seminario de Saint-Aidan en Grahamstown. (Pág. 67).

esto, nos embarcámos en Manila en Agosto de 1861 dos Padres y dos Hermanos, y llegamos á Pollok en Setiembre. Nuestro ánimo era ir desde luego á Cottabato, punto que tambien ocupaban los españoles, además de Pollok, y el P. Juan Bautista Vidal aprovechó el primer cañonero para ir allá; pero viendo que no habia casas suficientes para los oficiales, ni terreno en que ejercer nuestro ministerio, resolvimos quedarnos en Pollok y trabajar allí lo que pudiéramos hasta el desenlace de las operaciones militares que se preparaban contra los moros de Tumbao ó fuerte próximo llamado Pagalungan, que fué tomado en Noviembre. Cuando supimos que uno de los puntos ocupados por nuestras tropas para dominar los dos brazos del Rio-Grande era Tamontaca, y que en los montes de sus alrededores habia infieles,

creímos que ese era el punto que nos convenia para plantear nuestra Mision, y llegamos allá en 11 de Enero de 1862. Como en la colina escogida para poner el destacamento y construir el fuerte no habia casa alguna, nos alojámos en tiendas de campaña como la tropa, hasta que pudimos levantar una casa provisional. Tuvimos el consuelo de ver bajar desde el principio infieles del monte, llamados Tirurayes, y empezámos á aprender por su medio el idioma tiruray, y aún el moro, que tambien hablan. A este fin nos fueron utilísimas sus visitas casi diarias, que procurámos fomentar con regalos. A medida que íbamos entendiendo algo de su lengua les instruíamos en la Religion.

Esta Mision de infieles monteses ó tirurayes colocados al Sur del Rio-Grande fué la que nos ocupó exclu-



sivamente por algunos años. El delta ó tierra comprendida entre los dos brazos del Rio-Grande era intransitable, y para ir á Cottabato desde Tamontaca debíamos ir en banca por alguno de los esteros que la cruzan, hasta que en 1864 se abrió un camino por el que desde entonces se pueden comunicar los dos puntos.

Seria largo referir lo que se trabajó en atraer, instruir y cristianizar á estos infieles, reuniéndolos en Tamontaca, ya con el atractivo de algunos regalos, ya con darles trabajo, ya con la afabilidad y el buen trato á que son sensibles.

Así fuimos formando esta nueva cristiandad hasta que las circunstancias nos permitieron dedicarnos tambien á reunir y educar algunos niños de moros y gentiles; pero no lo pudimos conseguir. El Señor lo tenia reservado para otro tiempo, y se valió de un momento de hambre por que pasaron los moros. El comandante general de Mindanao, D. Fernando Golfin, tuvo la feliz idea de rescatar niños de los moros, que en aquella ocasion fácilmente se deshacian de ellos. El pensamiento fué acogido favorablemente por el Capitan general, que invitó sin demora al señor Arzobispo y al Superior de la Compañía de Jesús á tomar parte en obra tan caritativa, y ambos al instante ofrecieron su concurso, y se formó una Junta para arbitrar medios y abrir una suscripcion, enviando á la primera ocasion 4,500 pesos á la Junta subalterna, establecida en Cottabato para atender al rescate, alejamiento y manutencion de los niños rescatados. Tamontaca fué el punto elegido para que los misioneros acogiesen los niños rescatados, con la coincidencia de haber sido recibidos los cuatro primeros en 3 de Setiembre de 1872, día del beato Pedro Claver, apóstol de los negros en Cartagena de Indias, donde con tanto celo, caridad y trabajos procuró el bien de tantos miles de esclavos, esperando los barcos que venian cargados de ellos, buscándoles regalos para agasajarlos á su llegada, y recibéndolos con una dulzura y caridad que estaban lejos de esperar aquellos infelices. No contento con esta paternal recepcion, los iba á visitar, consolar é instruir á los depósitos donde los colocaban hasta hacerlos cristianos, continuando despues sus oficios de caridad para bien de sus almas y aún de sus cuerpos. Así el beato Pedro Claver es mirado y venerado por los niños libertos ó rescatados de Tamontaca como su Padre y Protector que en su día les acogió.

El Superior, que entonces era el P. Pedro Bertran, al contestar al Gobernador, le indicó dos medios para la crianza de los rescatados: el uno distribuirlos entre familias honradas, y el otro colocarlos en hospicio ó establecimiento donde se les mantuviese y educase. El Gobierno superior halló aceptables ambos medios, aunque proponiendo el de educarlos reunidos en un hospicio acomodado á su condicion; pero ignorándose los recursos que se reunirían, creia prematuro determinar cuál habia de escogerse; y por eso dispuso se pusieran por de pronto los niños en Tamontaca á cargo de los Padres misioneros, esperando de su celo los alojarían y atenderían á cuanto necesitasen. Los misioneros los acogieron con toda caridad, el Comandante general de Mindanao, la Junta de Cottabato y otras personas del mismo punto lo tomaron con mucho interés, y les proveyeron de ropas, etc., y así quedó instaurado provisio-

nalmente este establecimiento agrícola de niños sacados de la morisma: digo provisionalmente, porque si bien se prestó la Mision á recibirlos y atender á su crianza y necesidades con todo empeño, no dejaba de hallar dificultades para su continuacion definitiva. Temian los Superiores que, hallándose Tamontaca rodeada de moros, podrían éstos incomodarse y molestarlos; y además los niños podrían aprovecharse de la proximidad de los moros para escaparse á ellos. Sin embargo, los moros no se metieron con nosotros, ni molestaron á los niños; y éstos, lejos de inclinarse á los moros, mostraban por ellos la mayor repugnancia y el mayor alejamiento. Otra dificultad que hallaban los Padres era la falta de habitacion para los niños, mas esta la vencieron admitiéndolos en su casa á pesar de su estrechez y colocando á las niñas en una casita próxima á Tirurayes al cuidado de una tiruraya casada y juiciosa, hasta que se hizo una casa para ellas y se aumentó el local de la nuestra para que los niños estuviesen convenientemente alojados. Se procuró despues una maestra para estar al frente y al cuidado inmediato de las niñas, á las órdenes y bajo la vigilancia de los misioneros. Así se dió principio á este establecimiento que el Señor con su paternal providencia ha conservado hasta ahora y con no poco fruto.

Y es de notarse como la divina Providencia le preservó del peligro que corrió al nacer. La Junta superior de Manila, en vista de que los niños no se adquirían por el módico precio que se le habia hecho esperar, y que el establecimiento y conservacion de un hospicio para sostener á los niños rescatados exigia mucho gasto, juzgó conveniente adoptar el medio de rescatar el mayor número posible de ellos y diseminarlos entre familias honradas, que contribuían á su rescate y deseaban tomar á su cuenta algun niño de este modo se ahoraban los gastos de su sostenimiento, y podia adquirirse mayor número de niños. Esta resolucion de la Junta superior, tomada con el deseo de hacer mayor bien con menos gasto, no estaba en conformidad con el fin propuesto por el Gobernador general de Mindanao y por la Junta subalterna creada en Cottabato para llevarlo á cabo: este fin era establecer en el mismo Mindanao un núcleo ó plantel de poblacion que se formase de los niños que se rescataban, y que enlazándose despues por el santo Matrimonio, fuesen fundando familias de origen moro en general, pero criadas cristianamente con ideas y costumbres nuestras, lo que podia dar con el tiempo grandes resultados para la colonizacion y reduccion de Mindanao. Para eso se habia escogido el punto de Tamontaca, no distante de Cottabato, donde habia misioneros que pudiesen encargarse de los niños y educarlos.

Llevada á cabo la resolucion de la Junta superior, caía por tierra el proyecto y fin del Comandante general de Mindanao y de la Junta de Cottabato, diseminándose los niños rescatados, con quienes contaba para colonizar su distrito, y así resolvieron conservar los niños rescatados y los que en adelante pudiesen rescatar, dando conocimiento de ello al Capitan general y á la Junta superior, la cual manifestó su satisfaccion al saber el modo sencillo de llevar adelante el establecimiento y crianza de los niños en la Mision de Tamontaca, y dejando para esto lo que aún restase de los 4,500 pesos que ha-



bia remitido al principio, pero reservándose el resto de la suscripción para rescatar otros niños y repartirlos en las familias bienhechoras, é indicando que, agotado ese remanente, se podría atender á las necesidades de los niños con lo que hay señalado para atracción de infieles.

Esta disposición, hecha por falta de otros recursos, fué un medio de sostener el establecimiento; pero perjudica á otra obra no menos importante, cual es la atracción y reducción de infieles, por cuya razón sería de desear que lo señalado para atraer infieles se invirtiera en su destino, y que hubiese otro medio destinado para rescatar niños y criarlos; y cuanto mayores sean esos medios, el fruto que de ellos se conseguirá en la colonización de Mindanao será mayor y más rápido.

Por eso, viendo que nada podía esperarse para Tamontaca del remanente de la suscripción, que no se continuó desde 1873 y tenía otro destino, y deseando atender á los niños rescatados cuyo sostenimiento se nos había confiado, y á que no sufriera la reducción de infieles, concebí el proyecto de una suscripción para rescatar niños y criarlos sin recurrir á la suscripción primera y suspendida.

El señor Arzobispo aprobó el proyecto, y me dijo que podía contarle en el número de los suscritores. Habiendo yo regresado á mi querida Misión de Tamontaca, el Padre Juanmartí, superior de ella, creyó conveniente elevar una exposición al Gobierno superior, manifestando la necesidad de esta suscripción para atender al sostenimiento y progreso de los niños rescatados, y para poder invertir en atracción y reducción de infieles lo que el Gobierno tenía señalado para este fin. El comandante general de Mindanao, Sr. Careaga, apoyó esta exposición y la remitió á Manila á fines de Diciembre de 1874; pero no tuvo resultado.

Desde entonces han pasado años, y la Misión de Tamontaca sostiene el establecimiento agrícola ó colegios de niños y niñas con lo destinado á la reducción de infieles y con algunas pocas limosnas de personas particulares en dinero ó en niños, que redimen de los moros y los envían á Tamontaca. Los mismos niños ayudan también con su trabajo á sostener el establecimiento, la mayor parte trabajando en las sementeras, otros aprendiendo oficio de carpintero, otros en otras cosas, según su sexo, edad y capacidad. Además de los niños libertos ó rescatados de los moros, se acogen á este establecimiento personas de varias procedencias y por fines y objetos diversos, unas para instruirse, otras para estar tranquilas y recogidas, otras para preservarse de peligros que las rodean, y no dejan de tener su parte niños tirurayes, si bien cuesta mucho á sus padres y parientes el desprenderse de ellos.

El número de los niños que criamos y mantenemos varía, y puede calcularse actualmente en unos 70, y el de niñas en unas 50, las cuales viven en otra casa próxima bajo la dirección inmediata de cuatro Madres ó maestras que con gran voluntad y celo se han ofrecido á ayudarnos en esta obra, y han venido á Tamontaca del Beaterio de la Compañía de Manila, dispuestas á arrostrar los trabajos y peligros que se les puedan ofrecer para educar á estas niñas sin esperanza de interés temporal. Estos peligros no son imaginarios, pues no ha mucho á poco más perece de un campilanazo de un mo-

ro una de las Madres últimamente llegadas. El día 28 de Setiembre, el H. Viñolas, uno de los que dirigen los trabajos de los niños, fué por la noche á dar una vuelta á las sementeras, y se encontró con un moro que vivía cerca y que siempre se nos había mostrado amigo. Al verle el Hermano tan á deshora con un carabao, le preguntó: «¿Qué traes aquí á estas horas?» Respondióle que traía aquel carabao comprado á otro moro que le nombró. El Hermano le replicó que aquella no era hora para pasar por allí; que si acaso el carabao fuese robado, podría venir el dueño siguiendo la pista, y si veía que las huellas llegaban allá, podría tenernos por ladrones ó encubridores; que dejase allí el carabao, que se le guardaría, y que volviese el día siguiente con el que se lo había vendido, y si constaba que era de él, podría llevarse. Convino en ello el moro, y el Hermano guardó el carabao. Al día siguiente se presentan los dueños, que venían siguiendo sus pisadas: preguntan por el carabao, y el Hermano les dice quién y cómo lo había traído. Poco después llega el que lo trajo con el supuesto vendedor y otros, y se le responde que hacía poco que habían venido moros que se decían dueños del carabao y que estaban allá cerca, y podía verse con ellos y aclarar la verdad. Esto le desconcertó: el P. Juanmartí y el teniente Sr. Cerezo, que le convidaban á conferenciar y entenderse con los otros moros, notaron en él ademanes y acciones sospechosas; por lo que el Sr. Cerezo procuró retirar un poco al Padre y pidió la carabina: al ver esto no se atrevió el moro á acometer al Padre y al Teniente, y retrocediendo halló en el camino á la maestra y la embistió con su campilan: por fortuna no le dió en el cuello, sino poco más abajo en la espalda, y ella se tiró á la zanja. A los gritos de las niñas que la acompañaban, se acudió luego, y los moros huyeron: la Madre gravemente herida fué conducida á casa y cuidada con todo esmero.

Gracias á Dios, quedó curada al cabo de algun tiempo, aunque se resiente algo en días de frío y de humedad, y sigue contenta cuidando de las niñas, sin ocurrirle la menor idea de abandonar su puesto.

Ahora vamos preparando ocho ó nueve matrimonios entre los libertos ó niños de casa. Estos días empiezan los novios á hacer sus casas para trasladarse á ellas cuando se casen, que creo será antes de Cuaresma. Con ellos formaremos ó empezaremos otra calle paralela á la que abrieron los casados del año pasado con otros: así iremos dando forma á esta nueva población. Cuando se casen, daremos á cada matrimonio un carabao, aperos de labranza, ajuar de casa, vestido y comida como á los anteriores, durante el primer año, como si fuesen de casa; y al año siguiente vivirán de su cosecha y trabajo. Serán ya unos 34 matrimonios los celebrados con los niños del establecimiento, y ya los anteriores van fructificando con la bendición de Dios, y en tiempo más ó menos próximo, entre ellos y los que les sucedan, y entre otras familias moras, tirurayes é indias de diversas provincias aquí establecidas y que se vayan estableciendo, es de esperar que se forme un pueblo considerable cerca de Cottabato, en el brazo Sur del Río-Grande, y en medio de los moros que habitan río arriba y río abajo. A éstos les servirá de dique para que nada intenten contra los españoles, y de atractivo hacia nosotros para



aficionárenos, instruirse en nuestra santa religion, y abrazarla, siguiendo el ejemplo de tantos de su raza.

Este pensamiento es consolador, pero aflige considerar la lentitud de esta obra por falta de recursos, cuando aumentándolos pudiera obtenerse en menos tiempo un resultado más importante; pues á contar con medios suficientes, hoy tendríamos un número más considerable de niños de ambos sexos, y se hubiera duplicado ó multiplicado el de matrimonios y familias. Pero ¿de dónde sacar esos recursos? Diré mi opinion, acertada ó errada. En primer lugar, si el señor Arzobispo y la Junta creen que pueden destinar al rescate de niños y su sostenimiento en la Mision de Tamontaca lo que resta ó queda de la suscripcion antes hecha, seria ya un gran paso, y así podria atenderse más á la atraccion de infieles con lo destinado á ello: mas como esta obra no es de un día, sino de mucha duracion, es preciso que los recursos no se agoten, y para esto serviria una suscripcion ó limosnas que fueran dando personas caritativas y amantes de la humanidad, que no faltarian, en especial viendo el interés que por ello toma la Junta, no sólo contribuyendo con la suscripcion anterior, sino tambien invitando á sostener en lo sucesivo este establecimiento. ¿Y corresponderian á esta invitacion los fieles? Tengo gran confianza en Dios, cuya obra providencial considero esta, que bastaria dar conocimiento de ello al público para que almas generosas, amantes de la religion y de la humanidad, de España y de Filipinas, se apresurasen á venir en su socorro desde el momento que se inaugurase la suscripcion y supiesen dónde podian entregar sus limosnas. ¿Y cómo es posible que faltasen en Filipinas, y quizá en España y otras partes, quienes quisiesen tener parte en obra tan importante? Explíqueseles con claridad su objeto, entiendan que se pretende sacar suavemente de su esclavitud á los moros de Mindanao, y poco á poco de piratas y enemigos ó amigos aparentes convertirlos en cristianos y súbditos españoles, educados con nosotros y con tanto afecto á los españoles como aversion á los moros que los esclavizaron y cuyas malas mañas conocen. Cada niño ó persona que rescatemos de la morisma es un moro menos, y un cristiano y súbdito español más, y las familias que estos formen con sus hijos entre nosotros, son otras tantas familias cristianas. Entiendan que casi todo el Sur de Mindanao está poblado de moros y gentiles, y que si nosotros no acudimos á su reduccion é instruccion, se quedarán como están. ¿Quién no se sentirá movido á venir en su ayuda, aunque sólo sea con una pequeña limosna?

## VIAJES.

### DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.

#### I.

#### DE HAKODATÉ Á AKITA.

*Jueves, 9 de Mayo.* — El jefe de la escolta nos guardó varios días nuestros puestos en un junco de Nambu. Los vientos que soplaban incesantemente hacian peligrosa la travesía; hasta que por último el 8 de Mayo nos anunciaron los marineros que levarian anclas al despuntar el alba del siguiente día. El 9, fiesta de la Ascension, cele-

bré el santo Sacrificio, y fuí á bordo á las cinco de la mañana. La ciudad fué desapareciendo á nuestra vista mientras costeamos lentamente durante varias horas los áridos montes de la península. Hacia las nueve el agua se agita, levántase el viento y bogamos á velas llenas. Empiezan las sacudidas, y temiendo que la brisa se convierta en huracan, dirigimos la proa á la costa más inmediata, en la que abordamos á las tres de la tarde. Las quince ó veinte leguas de travesía podian contarse como una etapa. Decidimos pasar la noche en *Ocupé* (1), pueblo de pescadores en el que habíamos desembarcado.

Aprovecho este momento de descanso para presentar mis compañeros de viaje.

El jefe de la caravana, D. Eduardo de Bavier, cónsul general de Dinamarca en el Japon, es suizo y de treinta años de edad. Intrépido viajero, siente predileccion especial por las escenas grandiosas de la naturaleza. La vista de los montes elevados recuérdale su querida patria y le llena de entusiasmo. Esta excursion es la cuarta que hace por el interior. A él debo el presente viaje, que me ha ofrecido generosamente, sin gasto alguno de mi parte.

D. Ernesto de Bavier, de cuatro años menos de edad, posee todas las cualidades de su hermano. Ambos se han mostrado complacientes conmigo, y no puedo menos de felicitarlos de haber encontrado tan amables compañeros.

El Gobierno japonés, al conceder á los personajes oficiales el permiso de viajar por el interior, se reserva el derecho de señalarles una escolta. No sé si cinco años antes hubiera sido prudente aventurarse sin este medio de proteccion, cuando el país hormigueaba de hombres de sable que habian jurado odio á muerte al extranjero. Mas al presente todo ha cambiado; pues aquellos han tenido que despojarse de sus armas, y muchos han buscado en el comercio un honroso medio de subsistencia. En adelante nada hay que temer: las poblaciones, suaves, atentas, complacientes y hospitalarias, sólo han demostrado en todo nuestro viaje una grande, pero benévola curiosidad.

A pesar de la ausencia de peligro tuvimos que someternos á la ley comun y aceptar una escolta.

Los tres oficiales del Guaimucho (2) que nos acompañaban nos han sido muy útiles, no para defendernos, lo cual era innecesario, sino para facilitar el transporte de nuestros bagajes. Cada noche se designaba la ruta del día siguiente; advertíase á las ciudades y aldeas de nuestra llegada, y en todo el tránsito habia hombres y caballos dispuestos de antemano para llevar nuestros cofres y maletas. Sin otro cuidado que andar, comer y dormir, pudimos gozar á nuestro sabor de los encantos del viaje. Nuestros cuatro domésticos, hombres fieles y activos, nos esperaban en los pueblos designados para tomar algun refrigerio ó el descanso de la noche. Los diez personajes que componian la caravana y el numeroso personal empleado en el transporte de víveres y bagajes constituian una fuerza imponente.

*Viernes, 10 de Mayo.* — La abundante lluvia que ha caido durante la noche parecia de mal augurio para este día. A las siete nos hemos puesto en marcha sin preocu-

(1) Los nombres que van de *bastardilla* son los de las ciudades y pueblos indicados en nuestra carta-itinerario. (Pág. 8).

(2) Ministerio de Negocios extranjeros.



parnos mucho por el estado del tiempo. Partiendo del extremo más septentrional de Nambu atravesamos la península montañosa encerrada entre el estrecho de Matsemái y la bahía de Awomori.

Oma, Scocuma, Acagawa (1) y otros lugares por los que pasamos sucesivamente, son como Ocupé poblaciones de barqueros y pescadores. Las casas, cubiertas con techumbre de listones afirmados con piedras, indican el bienestar y la limpieza de sus habitantes. Las esteras sobre las cuales sólo andan con los pies desnudos y el enmaderamiento encerado hacen del interior una verdadera joya. Aunque esa península sea inculta, los indígenas encuentran en la pesca y en el tráfico por medio de juncos un buen medio de hacer dinero. En el momento de nuestro tránsito todos los hombres válidos han abandonado sus hogares, dirigiéndose unos á las costas de Yeso para las abundantes pescas de la estación, y aprovechando otros los primeros días bonancibles para continuar el transporte del arroz, interrumpido durante seis meses por las tempestades de invierno, que imposibilitan la navegación en el mar del Noroeste. Ese tráfico entre Aki-ta, Niegata, Yeso y el Norte de Nippon emplea cada año considerable número de hombres y de juncos.

La partida de los hombres no impide lo más mínimo el transporte de bagajes, pues siendo las mujeres de constitución robusta y estando acostumbradas á los más rudos trabajos, cargan sus acémilas y en caso necesario llevan por sí mismas los cofres y demás bultos. La compasión cede pronto su lugar á la sorpresa al ver el buen humor con que andan no obstante la pesada carga. En el Japon, como en todas partes, las mujeres han heredado la charla de su madre Eva, y hacen grande uso de ella aún en los más rudos trabajos.

El Norte de la Península es muy montañoso. A la sazón empezaba á renacer la vegetación al pie y en los flancos de esas alturas, todavía coronadas en varios puntos por la nieve. De los barrancos precipitábanse multitud de pequeños arroyos y torrentes.

Eran las seis de la tarde. El camino, desviándose de la orilla del mar, se dirige formando muchos rodeos á una meseta que no tiene más de ciento cincuenta metros de elevación, y desde la cual descubre la vista un bellissimo panorama. Allí por última vez puede contemplar el viajero las ciudades de Hakodaté y Yeso, y enviar, como lo hicimos nosotros, su postrer despedida á los amigos que en ellas deja, pues no verá más la roca tras la cual se ocultan.

En este momento paseámos nuestras miradas en todas direcciones, y por doquier aparece imponente la naturaleza. Al Este el cabo Séria se adelanta hacia el inmenso Oceano; al Sur extiéndese la accidentada llanura que íbamos á atravesar; al Sudoeste y al Oeste el espectáculo era magnífico: el sol doraba con sus últimos fulgores los tres picos de los montes Osorezan (1) que dominan la bahía de Awomori, y reflejándose en la nieve producian efectos de luz incomparables: más á la derecha las alturas que habíamos rodeado, formando una serie de ondulaciones variadas al infinito y dominadas

(1) El nombre de esta última población trae su origen de un río cuyas aguas ferruginosas aparecen rojas (*acai*, rojo; *cawa*, río).

(2) *San* ó *Zan* es la pronunciación en chino de la palabra japonesa *Yama*, monte, montaña. Úsanse estas palabras indiferentemente: pudiera decirse *Osoreyama*.

por montes más elevados, parecían envueltas en llamas; y el arco iris de vivísimos colores apoyaba uno de sus extremos en el mar y el otro en las colinas del cabo Séria. No sin pena descendimos la rápida pendiente, al pie de la cual corre un torrente al que dan sombra gran número de *sacura* (1), cuyas flores, mezclándose á los matices más oscuros de los bosquecillos de *binoki* (2), daban á las colinas y gargantas un aspecto á la vez sombrío y alegre.

Al cabo de una hora llegamos á *Obata* (3), aldea de 412 habitantes situada en una llanura, á orillas del mar y en la embocadura de un riachuelo cuyo rápido curso forma un lago bordado de *binoki*. Éste sirve de puerto, pero sólo pueden entrar en él los juncos. Mientras nos deslizámos por estas tranquilas aguas en nuestro bote, pudimos presenciar á la luz del crepúsculo las evoluciones de las barcas. Los marineros, gozosos por su regreso, apresurábanse á amarrarlas. Cadenciosos cantos daban el compás á los hombres que desde la ribera tiraban de los cables que debían fijarse á los postes destinados al efecto. Todo respiraba satisfacción y contento: la frescura de la tarde era deliciosa.

## DE BAGAMOYO Á LOS LAGOS NYANZA Y TANGANICA.

### I.

DE TABORA AL LAGO VICTORIA-NYANZA.

(Continuación).

*Jueves, 2 de Enero.*—La mayor parte del día tenemos que emplearla poniendo en orden nuestros bagajes.

He dado un corto paseo por los alrededores de Kaduma. El terreno es comunmente cascajoso, y parece poco fértil, si se exceptúan las orillas del Nyanza. Los rebaños no tienen tan buena apariencia como en las demás tribus del Unyamuezi. Los principales productos son el *mutoma*, pistachos y maíz. Cultívanse también varias especies de calabazas silvestres, habichuelas y guisantes. El único fruto del país que hemos visto hasta aquí es el plátano. Pintanse á veces las regiones del Africa ecuatorial enteramente cubiertas de árboles frutales que crecen y medran en el estado salvaje, y que apenas pueden sostener el peso de sus deliciosas frutas. Esto es del todo inexacto, al menos en los territorios que hemos atravesado; pues, á excepcion de Bagamoyo y de la colonia árabe del Unyanyembé, sólo hemos encontrado el plátano, y aun raras veces. Sin duda los campos son generalmente de prodigiosa fertilidad; pero, como en otras partes, sólo producen abrojos y espinas si el hombre no viene á sembrarlos y regarlos con sus sudores.

Al Sud de Kaduma limita el horizonte una cordillera de colinas; al Norte la vista se extiende á lo lejos sobre el lago, hasta las islas Kerewé, en las que murió el infortunado Smith.

No se bebe aquí otra agua que la del Nyanza, que si bien es cristalina, deja sin embargo en el fondo de las vasijas considerable porción de sustancias vegetales en descomposición, lo cual nos hace temer que no sea muy saludable.

(1) Guindo del Japon, generalmente de flores dobles.

(2) *Hinoki*, árboles resinosos, de forma cónica, muy abundantes en el Japon.

(3) *Obata*, los grandes campos.



*Viernes, 3.*—Nos han asegurado que pronto llegarán barcas del Uganda; pero como no podemos saberlo con fijeza, hemos procurado indagar si se nos proporcionaría aquí una embarcación, en cuyo caso enviaríamos algunos *asharis* al rey Mtesa con encargo de rogarle que nos enviase piraguas en número suficiente para dirigirnos á sus Estados con todos nuestros bagajes.

Habiendo sabido que el *manangua* tenía una barcaza con la cual podríamos fácilmente trasladarnos al Uganda, le hemos pedido que nos la prestase; pero nos ha contestado que, debiendo llegar pronto las barcas, era inútil ir en su busca. Su intento era detenernos aquí el mayor tiempo posible para enriquecerse á nuestras expensas; hasta que por último nos ha prometido acceder á nuestros deseos.

*Sábado, 4.*—Damos orden de coser en pieles de buey nuestras cajas y bultos para preservarlos de la humedad durante la travesía. Viendo á nuestros *asharis* poco diestros en este trabajo, el P. Barbot lo toma por su cuenta. Los negros se quedan con la boca abierta viendo al *wuasungu* hacer bien y con presteza lo que ellos hacían tan mal y con tanta lentitud.

El *manangua* nos dice que la *mitumbi* (1) debe ser objeto de varias reparaciones y que éstas deben correr de nuestra cuenta. Como sabemos cuánto le gustaría encontrar un pretexto para negarnos su barca, le contestamos que nos encargáremos de las reparaciones y que nos proporcione hombres aptos para el intento.

*Domingo, 5.*—Como de costumbre, nos vemos precisados á celebrar la santa misa antes de la aurora para evitar que nos estorben los vendedores que ya desde el amanecer vienen á hostigarnos.

Hace ya largo tiempo que nos vemos privados de las bellas ceremonias de nuestra santa Religión. ¿Cuándo tendremos la dicha de introducir las en nuestra Misión?

*Lunes, 6.*—El *manangua* nos hace frecuentes visitas. Habla bastante bien el *bisubohuli*, lengua conocida aquí de muy pocos, y menos aún en las tribus que hemos encontrado desde Samui, de manera que para tratar con los jefes del país hemos tenido que valernos de algunos de nuestros hombres que comprendían la lengua de los unyamuezis. Instamos porfiadamente al *manangua* para que haga comenzar las reparaciones de su piragua, y no cesa de contestarnos que al momento van á poner manos á la obra. Este es el país de las dilaciones, y no es de admirar que estos pobres negros estén atrasados de tantos siglos.

*Martes, 7.*—El árabe que llegó á Ussia antes que nosotros organiza su caravana. Preséntansele muchos *paga-zis*, pero exigen 10 *dotis*. Probablemente para obtenerlos á menor precio acaba de firmar el pacto de sangre con el *manangua*. Este pacto es bastante común entre los negros. Los dos amigos que á él se avienen hácense una incisión en la parte del corazón, y las gotas de sangre que de ambos manan son recogidas en un mismo vaso y mezcladas con agua. Cada uno de los dos pactantes bebe la mitad del líquido, mientras algunos disparos de fusil anuncian á lo lejos la unión sagrada. Efectivamente, el pacto de sangre es mirado por los negros como un acto muy solemne; ambos amigos se consideran como her-

manos, y los enemigos del uno son también tenidos como tales por el otro. La ceremonia termina con mútuos regalos, y á menudo se añaden fuertes libaciones de *pembé*. Estas han venido á cimentar la unión de que se trata; y Romissi, que parecía el más devoto de los musulmanes, ha olvidado que Mahoma prohíbe el uso de toda bebida fermentada. La galleta de *mutoma* que comemos no parece propia para nuestros estómagos, pero procuramos acostumbrarnos á ella. Cocemos al rescoldo las patatas, y las preparamos al estilo de los negros, metiéndolas mondadas en una vasija con un poco de agua; con lo cual nos parece se digieren mejor.

*Jueves, 9.*—Confiámos al jefe de la caravana que debe tomar el camino del Unyanyembé las cartas que dirigimos al señor Delegado y al P. Deguerry, noticiándoles nuestra llegada á las orillas del Nyanza. Estas cartas serán entregadas á Said-Ben-Selim, en Uyuy, el cual cuidará de enviarlas á la posta inglesa. Al mismo tiempo hemos rogado á Ramissi (nombre del jefe en cuestión) que denuncie á las autoridades del Unyanyembé á los que nos han robado parte de nuestras mercancías, los cuales deben emprender el mismo viaje.

*Viernes, 10.*—Nada omitimos para apresurar las reparaciones de la barca, pero todos nuestros esfuerzos no pueden remediar tanta lentitud.

*Sábado, 11.*—Como nuestra tienda, por su mala construcción, no nos preserva del viento ni de la lluvia, y menos aún de los rayos del sol, hemos alquilado una pequeña choza construida con ramas de árboles y yerba seca, y en ella acomodamos tres camas.

*Domingo, 12.*—Durante la noche nuestra pobre vivienda ha sido invadida por las hormigas negras, muy comunes en estas tierras. Estos insectos viajan á menudo, y siguen un pequeño sendero de una pulgada de ancho. Si á su paso encuentran una choza, en vez de darle la vuelta, penetran en ella por las hendiduras. De día, cuando la choza no es muy oscura, siguen la misma línea, y salen por la parte opuesta; pero, si es de noche, no tardan en extraviarse y se desparraman por todas partes, en cuyo caso ¡infelices los que allí duermen! En un momento quedan cubiertos de miríadas de hormiguitas que les pican á más y mejor, costando no poco desembarazarse de ellas. Despertados á tiempo, hemos encendido una bujía; y los insectos, que comenzaban á invadir nuestras camas, han vuelto poco á poco á su estrecho sendero, y nos han dejado dormir en paz.

*Martes, 14.*—El P. Lourdel desearía partir al Uganda con el H. Amancio para pedir embarcaciones al rey Mtesa. Teme, y tememos todos, que los negros cumplan mal su cometido. Son muy adictos á los árabes, á quienes no se les sienta bien que vengan á establecerse en el centro del África los europeos, sobre todo los misioneros; y para complacerles podrían muy bien dirigir al rey del Uganda falsos informes de nosotros. Convendría, pues, que dos misioneros tomasen la delantera para ofrecer á Mtesa nuestros primeros regalos y manifestarle nuestros deseos de presentarnos en su reino. Sin embargo, me parece que el P. Lourdel necesita todavía algún reposo, después de las fatigas que ha sufrido en tan largo viaje.

*Miércoles, 15.*—No han terminado aún las reparaciones de la barca, y no podemos obtener obreros que en

(1) Nombre que dan los indígenas á sus embarcaciones movidas por remos. Las que tienen vela son llamadas *maebua*.



ellas se ocupen todo el día. Estos pobres negros se creen artistas, y no pueden decidirse á trabajar más que algunas horas.

Por el alquiler de su piragua nos pide el *manangua* 5 *dotis* para él y 5 cuentas bastante largas de gruesas perlas para su mujer. Después de discutir con él más de una hora, hemos logrado hacerle rebajar 2 *dotis*.

*Jueves, 16.* — El P. Lourdel me reitera su petición. Como entre nosotros es el que conoce mejor el idioma *hisubohili*, accedo á su deseo, tanto más cuanto espero que Mtesa se apresurará á mandarnos embarcaciones, y que en pocas semanas podremos reunirnos con nuestros hermanos.

*Viernes, 17.* — El *manangua* no quiere que partamos en su barca, porque «Mtesa dirá: Akaduma no es bueno, ya que ha dejado marchar á los *wasungus* en una mala piragua.» Le hemos replicado que nada debía temer, porque nosotros diríamos al Rey del Uganda que habíamos partido contra la voluntad de Akaduma.

*Sábado, 18.* — Según nos dice el *manangua*, las reparaciones de la piragua quedarán terminadas al medio día, y mañana estará disponible para el viaje. Sin perder tiempo, hacemos tratos con ocho remeros, indicamos los *askaris* que acompañarán á nuestros hermanos, y nos apresuramos á terminar los preparativos para la marcha.

### UNA VISITA Á LOS CABEZAS-CHATAS

POR EL ILMO. O'CONNOR, VICARIO APOSTÓLICO DE NEBRASKA.

#### III.

La Mision de San Ignacio no forma calles, porque los indios insisten en colocar sus cabañas de modo que desde la puerta puedan ver la iglesia. Durante el día visitanla varias veces para orar en particular, y cuando no vienen á ella, se complacen mirándola. «Donde está vuestro tesoro, allí también vuestro corazón.»

Por regla general, las casitas miden 15 piés cuadrados; están construidas con troncos de pinos de las montañas vecinas, y son muy cómodas y aseadas. A excepción de una ó dos armaduras de cama, no veo en ellas mueble alguno. Los indios se sientan, ó mejor se agachan en tierra, ó bien se reclinan en las mantas ó pieles que les sirven de cama. Cuelgan de las paredes imágenes piadosas y crucifijos, y junto al hogar se ven diversos utensilios de cocina. Las chozas están dispuestas poco más ó menos de igual manera, sólo que el hogar está en medio de la pieza, saliendo el humo por una abertura superior.

Fuera de una de las cabañas algunas mujeres asaban largas tajadas de buey ó de búfalo. Cada choza ó tienda tenía su contingente de perros que, conociendo las costumbres de los Padres, les dejaban pasar, si no con agrado, á lo menos sin inquietarles.

Visitamos también la cárcel, edificio cuadrado de madera, pero sólidamente construido. No recibe otra luz que la que entra por algunos agujeros practicados en el techo, y está dividido en cuatro celdas. Nos proponíamos pedir la libertad de los presos, pero la cárcel estaba vacía.

En la Mision de San Ignacio los Padres no reciben subvencion alguna del Gobierno, y tienen que bastarse á sí

mismos con sus granjas, rebaños y molinos. Proporcionan trabajo á veinte indios, y muchos otros se considerarían felices en ser ocupados si hubiese bastante labor.

La comunidad se compone de dos sacerdotes y cuatro Hermanos coadjutores. Estos trabajan y vigilan á los indios empleados en la granja y en los molinos. En la poblacion hay un molino harinero, una fábrica para aserrar movida por un salto de agua, y una imprenta. El reverendo P. Giorda prepara un diccionario de la lengua *selish* ó *kalispel*, que será impreso en San Ignacio: con ocasion de mi visita me ofrecieron un cuaderno en *selish* de varios relatos de la Sagrada Escritura, salido del mismo establecimiento (1).

Existe en San Ignacio un convento de Hermanas de la Providencia de Montana, establecido hace doce años, con un pensionado y clases externas para niñas. En estas escuelas nada se omite de todo lo que constituye una buena educacion: exclúyense las ciencias que no son indispensables y se da especial preferencia al bordado. Se instruye á todas las discípulas en los quehaceres domésticos y en los trabajos de jardinería, señalándose á cada una cierta porcion de terreno para que lo cultive. Tuvieron sumo placer en mostrarme sus jardincitos, é insistieron para que probase sus fresas, las más deliciosas y de mayor tamaño que en mi vida he visto y comido. Cualquiera que ha visitado conventos sabe que reina en ellos el mayor aseo; y por mi parte puedo atestiguar que el orden de esta casa en nada desmerece de la fama de aquellos. Además de la enseñanza, las Hermanas visitan á los enfermos en la poblacion y sus alrededores, proporcionándoles gratis los medicamentos.

Los Padres me dijeron que la educacion que se da en esta casa eleva tanto á las niñas sobre la condicion de sus familias, que algunas al volver al seno de ellas se disgustan de su género de vida. Tamaño inconveniente, como lo advierten los mismos Padres, podría evitarse procurando á los muchachos iguales ventajas que á las niñas, pero por de pronto, á causa de lo limitado de los recursos de la Mision, esto no es posible.

Entre los notables que me honraron con su visita recibí á Anteli, jefe local de los *Kalispels*. Convirtiéndose en 1849, y tiene setenta y cuatro años: su aspecto revela tristeza: me dijo que sus diez y siete hijos y todos sus hermanos estaban ya sepultados en el cementerio. Otro visitante fué Michelli, jefe de los *Pendientes de Orejas*, un buen hombre, pero, según me han dicho, tan débil que se deja gobernar. Luego vi á Ignacio, jefe de los *Kootenays*, que anduvo setenta millas para encontrarme. Su exterior es noble: en nada se parece á los demás *Cabezas-Chatas*, y lleva los cabellos bastante cortos. Con sus *mocasines* (2) mide seis piés. Es muy conocido por su gran religiosidad, y en efecto, su bello rostro ofrece esta expresion particular de las personas entregadas á las meditaciones espirituales. De su tribu, sumamente desmo-

(1) Según noticias posteriores, se ha publicado ya el primer tomo de dicho diccionario (*kalispel*-inglés): cuenta 680 páginas en 8.º, y se han impreso de él pocos ejemplares, pues sólo se destina á los misioneros llamados á evangelizar á los *Cabezas-Chatas*. Se han enviado varios ejemplares á algun librero de Europa y de América, y el precio de cada uno es de 250 francos á causa de lo difícil y costoso de la impresion en un país tan lejano de las grandes poblaciones. El tomo segundo (*inglés*-*kalispel*) tendrá 600 páginas y se enviará gratis á los que hayan adquirido el primero.

(2) Especie de calzado que usan los indios.



ralizada cuando fué elegido jefe, ha hecho una de las más ejemplares de esas montañas. Con recomendable generosidad cede en favor de su pueblo el fruto de todas sus economías.

Noche-Roja, anciano de unos sesenta años y de exterior noble, díjome que vive en la Agencia, y que al tener noticia de mi visita á la Mision habia venido para verme. Viste capa blanca y cobertor azul, y lleva pendiente del cinturon una pluma de águila. A pesar de que su gordura le da un talante nada apuesto, no creo haber visto nunca cabeza y rostro más bellos; apenas podia apartar de él mi vista. Traíame á la memoria los retratos de Benjamin Franklin, que nos son tan familiares, y aún sobrepuja de mucho al filósofo por el brillo de sus ojos negros. Como en todos esos indios, sus manos y piés son de pequeñez casi desproporcionada. Preguntóme si podia fumar, y habiéndole autorizado, entregó su pipa á un indio para que se la encendiese: luego de haberla aspirado varias veces, la pasó á otros siete ú ocho indios que se encontraban en el aposento, y así dió varias vueltas hasta quedar todos satisfechos. Advertí que los indios trataban respetuosamente á Noche-Roja, pero que al mismo tiempo guardaban gran reserva en su presencia, á causa de que, segun supe más tarde, era uno de los raros salvajes que habian abandonado el valle de Bitter-Root para venir á la Agencia.

Bautista-el-Flaco, que es como un jefe asistente de Anteli y su lugarteniente en sus ausencias, me dijo que venia á agradecer al Grande Ropa su visita y hacerle algunas preguntas. Entonces empezó el siguiente diálogo, que, como veréis, abraza puntos bastante delicados, y que reproduzco conforme las notas que tomé en el acto.

— Algunos blancos protestan contra nuestra costumbre de azotar á los indios. Nuestro jefe en Bitter-Root nos decia el año último que no debemos castigarlos de este modo, sino encarcelarlos. ¿Qué harémos? Todos los jefes han abandonado el látigo, mas por mi parte continuo sirviéndome de él contra los malos. Desde el principio los sacerdotes me han dicho que podia usar este castigo, y no desistiré de él. Habiendo una vez tomado la mano de Dios, por cierto no la dejaré. Estoy seguro de que los sacerdotes aprueban mi conducta. Siempre he cumplido sus órdenes, aún con peligro de mi vida, porque amo á la Iglesia y á los sacerdotes.

— ¿Qué crímenes castigais con el látigo?

— El adulterio, el abandono de una mujer por su marido, la mentira, el robo, la difamacion, el mal comportamiento en la iglesia ó durante las oraciones, el juego, la embriaguez y la cólera furiosa.

— No deberíais hacerlo habiéndoslo prohibido vuestro jefe.

— Dichas cosas ¿por ventura no son pecado?

— Sí, pero no es necesario castigarlos así todos.

— Pues qué, ¿no deben castigarse estas ofensas?

— Dios les impondrá la pena merecida si los culpables no se arrepienten.

— ¿Acaso no es bueno este castigo?

— Sí, cuando lo ordena la autoridad legítima y es proporcionado á la falta.

— ¿Puedo continuar como hasta el presente?

— No, mientras no seais jefe ó el vuestro no os autorice para ello.

— ¿Debo, pues, abandonar dicho castigo?

— Sí, si tal es la voluntad del jefe.

Bautista, que al parecer no quedó muy satisfecho, me dijo con aire resignado:

— Siendo así, no habrá más remedio que tirar el látigo.

Pero una idea luminosa cruzó por su mente, y añadió al instante:

— Cuando se les encarcele los indios proferirán mentiras, manifestarán arrepentirse de sus faltas: se les perdonará, y reincidirán en ellas.

— Pues bien, en tal caso no hay que creerles segunda vez bajo su palabra.

— Entonces, abandonaré el látigo.

Pero á Bautista ocurrióle otro argumento en favor de su castigo favorito.

— ¿Debo obedecer á mi jefe y no á Dios?

— Cuando prestais obediencia al jefe en este caso, obedecéis á Dios.

— Como veis, os he abierto mi corazón; permitidme, pues, otra pregunta. Los dos jefes más superiores de nuestro pueblo me han ordenado que no obre como jefe, y el que lo es local en la Mision quiere que en su ausencia me conduzca como tal. Ahora decidme, ¿á quién debo obedecer?

— A los jefes superiores.

— Pero si se desvian del recto camino ¿hay que seguirles?

— No, si estais seguro de que lo que os exigen es pecado.

— Ellos han hecho mal abandonando el látigo.

— Andais equivocado, pues todo el mundo sabe que el jefe es libre de hacer ó no uso de él, segun lo juzgue á propósito.

— Mas si lo abandonamos el pueblo se volverá malo y se entristecerán los sacerdotes.

— Esto puede ser así ó no; pero vos debeis obedecer á vuestro jefe aún cuando á vuestro parecer el pueblo pueda volverse malo á causa de ello. Nadie debe cometer el mal, ni siquiera para hacer bien.

El Código penal de los *Cabezas-Chatas* no admite sino dos géneros de castigo, los azotes y el encarcelamiento, y eso para los delitos arriba mencionados. Pregunté á Bautista cómo se castigaba en la tribu el asesinato, y quedó un momento perplejo, pues aseguróme que nunca le habian presentado un homicida. Los Padres me dijeron que, en semejante caso, los indios acostumbran aplicar la ley del talion ó aceptan compensaciones.

La pena de azotes existe desde tiempo inmemorial entre los *Cabezas-Chatas*, y la consideran como una expiacion necesaria de las ofensas cometidas, llegando á menudo á presentarse voluntariamente al jefe pidiendo recibirla, aún por faltas leves y privadas. Cuando eran paganos creian que semejante castigo borraba la culpabilidad de la accion y satisfacía plenamente por ella. Mucho tiempo despues de su conversion costaba aún no poco trabajo persuadirles que venian obligados á confesar las culpas por las cuales habian ya recibido aquel castigo.

Últimamente un *Corazón de Lesna* tomó por esposa una mujer que no era superior á los defectos de su sexo. La misma tarde que la condujo á su casa ya estaba de pésimo humor, y empezó á quejarse de los alimentos,



arrojándolos de la boca con muestras del mayor disgusto: á todo esto añadió el decirle, entre otros cumplimientos nada gratos, que si ella no le hubiese aceptado nunca encontrara esposa. Esto era ya demasiado, y el indio, abandonando al momento su cabaña, partió para un punto lejano del territorio, en donde se casó con otra mujer, viviendo con ella unos dos años. Pasados éstos volvió á la Mision, presentóse al jefe para recibir el castigo merecido, y fué á encontrar á su esposa, á quien preguntó si conservaba aún las ideas que manifestara la tarde de su casamiento. Ella no quiso que se hablara más de lo pasado, y vivieron en adelante muy felices.

Algun tiempo despues de las referidas visitas Bautista me trajo algunas curiosidades indias, entre otras, patas de oso, amuletos que llevaban los *Cabezas-Chatas* cuando aún eran paganos, y dos cabelleras de los *Piës-Negros*, que habia arrancado en una de sus últimas guerras contra esta tribu.

La Mision tiene una policia compuesta de unos treinta individuos. El jefe, seguido de dos de sus agentes, vino á verme el sábado por la tarde, y ofreciome una escolta para mi regreso; mas cuando le dije que habia recorrido mil setecientas millas para venir, y que me proponia andar mil novecientas para volverme, haciéndole comprender lo que significaban tales distancias, su asombro fué sumamente cómico, y declaróme que si algunos de sus hombres me acompañaban, nunca serian capaces de acertar con el camino para entrar de nuevo en la poblacion.

Los indios pueden pasar mucho tiempo sin tomar alimento. Refiriome uno de los Padres que hace pocos años volviendo el jefe de policia de una expedicion á los *Piës-Negros* en clase de guia, anduvo entre la nieve siete dias y siete noches sin comer, y que habiendo encontrado un caballo dióle muerte, alimentóse con su carne cruda y prosiguió su camino. Otro indio del lugar, vivo aún, ha viajado y ayunado una semana entera, sin otro sustento que un pedazo de pan hallado por el camino. Estos hechos dan una idea de la fuerza extraordinaria de los indios para soportar las privaciones, y tambien de su superioridad, bajo este respecto, sobre las tropas regulares en los combates de la frontera.

A hora avanzada de la noche del sábado vinieron de Bitter-Root á traer la noticia, exagerándola, de un levantamiento de los *Narices-Horadadas* en el Idaho, suceso que evidentemente fué tan inesperado como desagradable para los jefes y demás *Cabezas-Chatas*. Hablaron poco, mas quedaron pensativos y aún tristes. Su actitud, más aún que sus palabras, convencióme de que no habian tenido conocimiento del proyecto de insurreccion de sus amigos y aliados, y que no se asociarian á ella. Los acontecimientos probaron la exactitud de mis apreciaciones, pues no sólo no hicieron causa comun con los insurgentes, sino que hasta llegaron á decir al que les anunció el hecho, por nombre José, que si atravesando el valle de Bitter-Root y sus alrededores cometian extorsiones en detrimento de los blancos, cooperarian personalmente á perseguirlos. José pareció no deber olvidar esta amenaza.

El domingo muy temprano celebré la Misa en la iglesia, á la que acudieron gran número de indios para recibir la sagrada Comunión. Fué para mí un espectáculo

nuevo el que todas aquellas madres indias se acercaran á la santa Mesa con sus tiernos hijos á la espalda. Empero no dejaba de ser una bella y conmovedora escena, que debia ser grata á Aquel que ha dicho: «Dejad que vengan á Mi los niños, y no les impidais que se acerquen.»

Más tarde asistí al Oficio solemne. El canto del coro, encomendado á las Hermanas y á sus discípulas, era bueno; mas debo confesar que el de los fieles, aunque edificante para aquellos que tomaban parte en el mismo, me chocó mucho. Hacíame el efecto de una docena de lobos en medio de la asistencia, que esforzábanse á porfía en patentizar que no en vano se les habia enseñado de música.

Prediqué ante una numerosa reunion en la que no excedian de quince los blancos: uno de éstos era el nuevo agente, á quien tuve el gusto de presentar como digno, por sus antecedentes, del respeto y la confianza de todos. El Rdo. P. Baudiné, mi intérprete en casi todas las relaciones con los indios, iba traduciéndoles mis palabras.

El santo Sacrificio terminó esta visita á los *Cabezas-Chatas*, cuyo recuerdo nunca se borrará de mi memoria. Luego de haber comido abandonámos la poblacion, acompañados del agente y de su intérprete. Volvimos á Missula atravesando las mismas colinas, franqueando los mismos rios y recorriendo los mismos valles.

Encontrámos á los habitantes bastante inquietos acerca el suceso de los indios. Algunas familias de blancos de Bitter-Root se habian refugiado á la pequeña ciudad, y se esperaba á los demás. Todos, sin embargo, se tranquilizaron al noticiarles las disposiciones de los *Cabezas-Chatas*, que les constaba eran los más íntimos amigos y aliados de los *Narices-Horadadas*, á quienes temian se les uniesen los primeros en el levantamiento que se esperaba.

A la mañana siguiente muy temprano encontrámos á los capitanes Rawn y Logan, que venian á Missula y habíanse adelantado á sus compañías. Hacia tres semanas que partieron del fuerte Shaw con parte de sus soldados para establecer un pequeño puesto en el valle de Missula. En Helena habia trabado conocimiento con el segundo de dichos militares, y nos detuvimos para referirle lo que sabiamos de la situacion. Al despedirse exclamó:

—¡Oh! Si los *Cabezas-Chatas* permanecen tranquilos, creo muy bien que podrémos dar cuenta de los *Narices-Horadadas*.

Poco se figuraba por cierto que debia caer uno de los primeros en la represion de esta revuelta.

Hicimos alto para pasar la noche en una cabaña en medio de un agradable valle, á la mitad del camino entre Missula y Deer Lodge. Nuestro huésped parecia vivamente preocupado por los peligros que amenazaban á él y á su familia, y estaba sombrío y abatido. Por sí mismo decia que no se inquietaba gran cosa: antiguo soldado, habíase batido contra los indios en el Arizona y en otros lugares, y no les temia; pero, rodeado de su mujer é hijos, á sólo dos jornadas de caballo de los *Piës-Negros*, en un país en el que no se cuentan siquiera veinte blancos en un espacio de cincuenta millas, no le faltaba motivo para estar triste. Fui enteramente de su





MADAGASCAR.—Funerales entre los Howas : El cortejo, segun cróquis del P. Taix. (Pág. 71).



parecer, y no pude menos de convenir en que era un deshonor para un Gobierno civilizado el abandonar como lo hace en los territorios de Idaho y de Montana un no escaso número de ciudadanos á merced de salvajes á quienes sus propios agentes han saqueado, oprimido é impulsado á la desesperacion.

Un segundo dia de viaje nos condujo á Deer Lodge, y un tercero á Helena, en donde fuimos acogidos por el pueblo más hospitalario y cordial que he encontrado en el Far-West.

## CRÓNICA.

**Suiza.**—En la pág. 53 damos una vista de la iglesia de San Pedro y San Pablo de Berna, arrebatada violentamente á los católicos en 22 de Febrero de 1875 y entregada á la secta de los viejo-católicos, constituyendo este uno de los innumerables atentados cometidos contra la Iglesia por el Gobierno de un país que se titula el más libre del mundo.

Era esta la única iglesia que poseían los católicos de dicha ciudad. Proscrito de los cantones suizos por la Reforma protestante en 1528, el culto católico no fué tolerado, y aún con duras condiciones, hasta 1799. El P. Gregorio Girard fué el primer pastor de la comunidad naciente. Celebrábanse los santos misterios en el coro de la iglesia colegial de San Vicente, durando tal estado de cosas hasta la fiesta de Pentecostes de 1821. En dicha época, atendido el notable aumento de la poblacion católica con motivo de la anexion del Jura, el Estado de Berna dejó á los católicos de la ciudad, juntamente con la parroquia protestante, en posesion del antiguo convento de Dominicos, vulgarmente llamado iglesia francesa.

Diez párrocos habian administrado sucesivamente esa comunidad, cuando en 1832 el obispo de Lausana, á cuya diócesis pertenecía entonces la ciudad de Berna, envió allí al Rdo. Antonio Baud. El nuevo párroco, destinado á ser el fundador de una iglesia católica en Berna, consiguió dotar á la comunidad católica de una casa parroquial, en la que fundó la escuela que hoy existe.

Más tarde comenzó á construir la iglesia de San Pedro y San Pablo mediante los donativos recogidos en diversas naciones. Pio IX entregó al efecto 35,000 francos, y los emperadores Napoleon III y Francisco José dieron tambien sumas considerables. El Estado de Berna habia cedido en 1856 el terreno necesario por la suma de 15,000 francos que los católicos satisficieron. El coste total de la obra excedió de 600,000 francos.

En 9 de Junio de 1864 los trabajos estaban tan adelantados, que el fundador pudo tomar posesion de la cripta. El Rdo. Baud no gozó mucho tiempo de la alta distincion con que Pio IX le habia honrado, confiriéndole poco despues el título de protónotario apostólico. Murió en 7 de Mayo de 1867, y sus restos fueron depositados en la misma iglesia de San Pedro y San Pablo.

Tocóle á su sucesor, Rdo. Estéban Perroulaz, presenciar la profanacion y usurpacion de la iglesia, sin que pudieran evitarlo su tenaz resistencia ni las protestas de los católicos, que veian hollados sus legítimos derechos por un Gobierno perseguidor, sin que hasta la fecha hayan sido, que sepamos, reintegrados en ellos.

**Rumelia.**—El Ilmo. Rafael de Ambrosio, de Menores Reformados, arzobispo de Durazzo, refiere los progresos obtenidos durante los últimos treinta y tres años en su Mision, debidos en gran parte á los auxilios de la *Obra de la Propagacion de la fe*.

«Cuando en 25 de Febrero de 1848 (dice) tomé posesion de mi Sede episcopal, sólo habia en la diócesis 13 iglesias y 10 capillas, ruinosas en su mayor parte y cubiertas otras de paja. Actualmente cuéntanse 22 iglesias, 2 oratorios parroquiales y 23 capillas rurales, sólidamente construidas todas de piedra, á excepcion de dos de las antiguas iglesias, que son de ladrillos de tierra sin cocer.

«Encontré además 12 rectorías y 3 residencias de misioneros franciscanos necesitadas de reparacion: al presente contamos 16 de las primeras, comprendida la habitacion episcopal, y 7 residencias de religiosos; construcciones todas sólidas y cómodas.

«El clero constaba, á mi llegada, de 10 sacerdotes naturales del país, casi todos ancianos, y de 4 misioneros europeos. Escuela no ha-

bia una sola. Al presente tenemos 14 sacerdotes indígenas, casi todos jóvenes, entre ellos 9 alumnos de la Propaganda ó del Colegio pontificio albanés, 4 alumnos del país, 10 misioneros europeos y 7 escuelas elementales.

«En 1848 contábanse 6,716 católicos repartidos en 12 estaciones, y aún muchos de ellos llevaban nombres turcos y vivian ocultamente como cristianos. El gobierno local otomano no permitía el uso de campanas en las iglesias situadas en el llano. La poblacion católica es hoy de 10,000 almas repartidas en 24 estaciones, comprendidas las ciudades de Valona, Privesa y Janina, tres estaciones felizmente fundadas en 1854.

«Los católicos gozan de completa libertad en el ejercicio de su culto; llevan todos un nombre cristiano, y en casi todas las iglesias y capillas se tocan las campanas, que son en número de 43, cuando en 1848 sólo habian 15. Su uso está únicamente prohibido en Privesa y en Janina.

«¡Todo á la mayor gloria de Dios y de su Iglesia!»

**Cochinchina septentrional (Anam).**—El Rdo. Juan María Héry, de las Misiones extranjeras de París, refiere del siguiente modo desde Kin-Long su recepcion en la Mision:

«... Al dia siguiente de mi llegada, despues de la santa misa, recibí la visita de los sacerdotes indígenas reunidos aquí para el retiro espiritual, segun se practica todos los años. Cada uno me ofreció en latin sus saluciones y los votos que su buen corazon les inspira, contestando á todos por mi parte con la mayor amabilidad que pude. Sentíame contento y conmovido, pues tenia delante de mi muchos confesores de la fe é hijos de mártires. Parecian muy admirados de mi juventud, pues en efecto soy el misionero más joven, y los sacerdotes anamitas son todos de avanzada edad. Los ordenados de menores, los seminaristas, los pequeños domésticos de los Padres y los de la casa vinieron en corporacion é individualmente por turno á presentarme el saludo de costumbre, que aquí se practica del siguiente modo.

«El más digno ó caracterizado de los visitantes, dirigiéndose al misionero, le dice á media voz y con el tono más respetuoso: *Lay Chua*, que significa: «Profundamente inclinados, saludamos al Padre.» Al mismo tiempo, juntando las manos y elevándolas sobre la cabeza, póstrase hasta tocar con la frente en tierra, levántase, inclínase una vez, y baja las manos á la altura del pecho. Igual ceremonia deben practicar todos los visitantes.

«Por su parte el Padre, sentado majestuosamente sobre una estera con las piernas cruzadas (en este país no hay sillas de ninguna clase), contesta á sus saludos con un sonris de los más graciosos y atestigua toda la satisfaccion que siente. Cuando los visitantes pueden sentarse, lo hacen en el desnudo suelo, sobre una estera, ó sobre un pequeño *phan* más bajo que el del Padre. En presencia de una persona respetable no se sienta aquí todo el que quiere; la etiqueta anamita tiene sus exigencias, y hay mil consideraciones que hacer sobre este punto, pero confieso que soy en él muy lego. Mis compañeros de Mision me dicen que la dignidad se mide por el número y la longitud de los hilos con los cuales se sujetan los sombreros. Ayer vi á una mujer anamita cuyos hilos descendian hasta tierra, de manera que el reverendo Dangelzer hizo extender la estera para recibirla.

«Cuando las mujeres saludan, siéntanse en tierra y se inclinan luego profundamente pronunciando con voz la más dulce el tradicional *Lay Chua*, sin el cual nada valdría el saludo. Antes de retirarse, y cada vez que un anamita pide alguna cosa, repite la misma ceremonia, pues lo contrario seria falta de atencion y de cortesía. El caso es que no miran si el sitio en donde se arrodillan es limpio ó sucio.

«Las religiosas indígenas se apresuraron tambien á visitarme, asi como muchos cristianos de Kin-Long. Causóles no poca alegría oírme pronunciar bien ó mal tres ó cuatro palabras en su idioma, pues unos á otros se decian: «¿Oyes qué bien se expresa el nuevo Padre? Sabe ya nuestra lengua.»

**Colombo (Ceylan).**—El vicario apostólico, Ilmo. Pagnani, consagró solemnemente el 25 de Setiembre la iglesia de San Miguel en Vengoda.

—Avanzan rápidamente las obras de la nueva catedral, y el arquitecto, Rdo. P. Baldoni, espera terminar la techumbre dentro corto plazo. Toca á su fin dos de los cuatro grandes arcos que sostendrán la cúpula, y tienen 32 piés de anchura por 64 de elevacion.

**Corea.**—Segun refiere el *China Express*, el Gobierno del Celeste Imperio, temeroso de una ocupacion rusa en Corea, ha enñado á Seoul dos correos, uno por tierra y otro por mar, invitando al rey de Corea á concluir un tratado con las naciones europeas que lo deseen y abrir



sus puertos al comercio internacional. Idéntica noticia daba en su número del 16 de Octubre el *Echo du Japon*, que se publica en Yokohama.

**Kuang-tong (China).**—En Setiembre del año pasado anunciaba un telegrama que el populacho de Canton había atacado el barrio del cristiano y los establecimientos católicos. Noticias posteriores vinieron á confirmar la noticia, detallando lo ocurrido.

El 15 de Setiembre, poco despues de medio día, empezó á arder súbitamente y sin saber cómo un cobertizo situado en frente de la catedral y que habitaban quince artesanos. El incendio fué dominado despues de media hora de grandes esfuerzos, pero en aquel mismo instante multitud de individuos (el *Daily-Press* de Hong-Kong fija su número en más de 3,000), muchos de ellos armados con palos y hasta con fusiles, atacaron al referido barrio, lanzando una copiosa lluvia de piedras contra las casas y los establecimientos de la Mision. Un misionero quedó herido, y faltó poco para que una enorme piedra aplastase á otro al entrar en la residencia episcopal. Comprendiendo la gravedad de la situacion, el Rdo. Beal, pro-prefecto y superior de la Mision en ausencia del Ilmo. Guillemín, pidió auxilio: en defecto del cónsul francés intervino el inglés, á consecuencia de lo cual el virey dió inmediatamente órdenes, y algunos mandarines acudieron al lugar del desórden.

Sea falta de energía, sea espíritu de conciliacion, los mandarines trataron de parlamentar con la plebe, y atribuyendo el desórden á los trabajadores empleados en la construccion de la catedral, pidieron á los misioneros que les entregasen dos de los pretendidos culpables; pero los misioneros, que desde el principio habían sido testigos de todo, rebatieron esta calumnia y negáronse á sacrificar inocentes al furor de las turbas.

Las vacilaciones é inaccion de los mandarines convencieron á los amotinados de que nada tenían que temer, infundiéndoles al contrario nuevos bríos para continuar su obra de destruccion, y en pocas horas el barrio de los cristianos quedó convertido en un monton de ruinas.

«Entonces presenciámos, refiere un testigo ocular, una escena de barbarie indescriptible. El populacho, ebrio de furor, invadió las casas que el fuego había respetado, y en cortos momentos fueron arrojados á la calle todos los muebles y conducidos á dos inmensas hogueras encendidas en medio de la plaza. Numerosos individuos subieron á los tejados, destrozaron los techos y quitaron las vigas para atizar las hogueras que alumbraban aquella vandálica escena. Mientras tanto otros muchos saltaban y danzaban como energúmenos, prorumpiendo en grandes risotadas y salvaje gritería.»

Así transcurrieron siete ú ocho horas, mas no quedaba satisfecho aún el furor popular. En medio de tantas ruinas quedaban en pié todavía la catedral, la residencia del Prefecto apostólico, el seminario y los huerfanatos, y allí se dirigieron las turbas, resueltas á no dejar piedra sobre piedra. Los mandarines se decidieron al fin á intervenir haciendo algunos disparos al aire. Los amotinados no hicieron el menor caso, y mientras unos trataban de saltar la cerca de la Mision, tuvieron otros la audacia de apedrear á los mandarines, á cuya agresion respondieron éstos con una descarga que causó cuatro víctimas y dispersó á la multitud.

Al día siguiente se reprodujo el ataque contra los establecimientos de la Mision, pero temiendo los mandarines las graves consecuencias que podrian resultar del triunfo de los sediciosos, corrieron á contenerles y á restablecer el órden, que no volvió á alterarse á pesar de las alarmantes noticias que durante los días 17 y 18 circularon.

El virey declaró á los cónsules que respondia de la seguridad del barrio europeo y de la Mision. El *China Telegraph* anunciaba que habían sido presos y decapitados cuatro de los principales jefes del motin como culpables de haber insultado el estandarte imperial.

En cuanto á las causas de tales disturbios es difícil precisarlas. Segun costumbre, comenzóse á cargar toda la responsabilidad sobre las víctimas. Supúsose que el tumulto provenia de una enemistad de raza entre los Puntis y los Akkas; que los obreros empleados en la construccion de la catedral, todos Akkas, habían tenido alguna disputa con otros obreros de los Puntis. Comenzaron á circular las falsedades de costumbre contra los cristianos, acusándoles unos de haber arrojado á un pozo cuatro niños, y otros de haberlos colgado en los cuatro ángulos del edificio.

Lo cierto es que el golpe que ha herido á la Mision y á los cristianos estaba previsto y preparado hacia mucho tiempo, segun rumores que corrian hasta en los distritos más apartados de Canton. Además, como afirmaba el *Daily Press*, dos meses antes de que estallase la

insurreccion, habían aparecido pasquines anunciando que los días 10, 11 y 12 de la octava luna (15, 16 y 17 de Setiembre) la catedral y las escuelas serian incendiadas con los que en ellas hubiese; pero nadie había dado importancia á tales amenazas.

Todo demostraba que se había procedido con arreglo á un plan. Las casas que debian ser destruidas habíanse señalado de antemano.

El desastre ha sido inmenso. Más de treinta casas de cristianos fueron destruidas, y las ochenta familias que las habitaban se ven sin hogar y sin recurso alguno, y la Mision se ha encargado de acogerlas casi todas. Del hospital y de las escuelas quedan sólo ruinas, y muchos materiales costosos destinados á la catedral fueron destruidos ó dispersos.

**Mangalore (Indostan).**—El provicario apostólico, Rdo. P. Pagani, colocó en aquella ciudad el 15 de Agosto la primera piedra de un monasterio de Carmelitas. Los gastos de la construccion de este edificio, calculados en 80,000 rupias (180,500 pesetas), serán sufragados por una rica bienhechora de la Orden del Carmelo.

**Persia.**—El Ilmo. Cluzel, de la Congregacion de San Lázaro, arzobispo de Heraclea *in partibus* y delegado apostólico de Persia, escribe desde Urmiah con fecha 20 de Agosto de 1880:

«Hemos atravesado días muy malos y estamos todavía muy lejos de ver el fin de esta crítica situacion. El hambre nos deja innumerables familias arruinadas, viudas y huérfanos. Los monopolizadores de granos, en connivencia con las autoridades, sabrán mantener aún por mucho tiempo la carestia de viveres á pesar de una buena cosecha.

«Mientras tanto la mortandad continúa haciendo numerosas víctimas. Muchos de los que han sufrido durante el hambre mueren hoy que han encontrado con que alimentarse.

«Cálculase en unos 60,000 los que han muerto en el llano de Urmiah y sus cercanias en una poblacion de 225,000 habitantes, y aquel número será pronto aumentado por los estragos del tífus.

«En medio de todas estas pruebas no nos han faltado consuelos. Muchos nestorianos de las montañas se han convertido en la hora suprema. Uno solo de nuestros sacerdotes caldeos de Urmiah ha reconciliado sesenta de ellos. Pero mayor ha sido y más consoladora la miés de los niños. En fin, las conversiones han sido numerosas en el llano y sobre todo en Targavar. Este pequeño distrito, á seis leguas al Sud de Urmiah, forma la extrema frontera de aquella parte de Persia, y se compone de diez pueblos cristianos y otros cinco ó seis kurdos. Estos han desaparecido casi enteramente. Los cristianos han sufrido también mucho, pero ha podido salvarse buen número de ellos.

«La inmensa mayoría de nuestros convertidos hállanse en la mayor miseria, y para venir á nosotros han necesitado una fe heroica, pues los misioneros protestantes les ofrecian socorros en abundancia con la sola condicion de que no se hiciesen católicos. Pero estos infortunados les daban las gracias, y á los reproches de ingratitud contestaban:

«—Os quedamos muy agradecidos, pues nos habeis conservado la vida del cuerpo; pero la vida de nuestra alma es más preciosa, y nosotros estimamos que la salvacion se encuentra en la Iglesia de la gran Roma.

«En los pueblos del distrito de Targavar tenemos iglesias de las que podremos servirnos, provisionalmente al menos, despues de haberles reconciliado; pero en el llano las numerosas conversiones de estos últimos años necesitan la construccion de seis ó siete capillas. Confiamos que la Providencia nos proporcionará los medios de levantar estos pequeños santuarios, tan útiles para facilitar el movimiento religioso.»

**Cabo de Buena-Esperanza.**—Damos en la pág. 56 una vista del Seminario-colegio de San-Aidan en Grahamstown, cuya primera piedra fué colocada con toda solemnidad por el vicario apostólico, ilustrísimo Ricards, el 29 de Enero de 1873, en presencia de todas las notabilidades de la colonia. La apertura de las clases tuvo efecto en 31 de Enero de 1876, tres meses despues de haberse instalado en dicho establecimiento varios religiosos de la Compañia de Jesús, á quienes confió su direccion el Ilmo. Ricards. Está dedicado á san Aidan en memoria del Ilmo. Aidan Devereux, primer vicario apostólico del Cabo. Además, san Aidan es el patron de la diócesis de Ferns (Irlanda), á la cual pertenecieron los Ilmos. Devereux y Ricards. La generosidad de los católicos del Cabo permitió á este último realizar su proyecto de construir el mencionado edificio, sumamente útil y necesario á dicha Mision.



## MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

## III.

Tetuan.—Su antigüedad.—La destruye la escuadra de Castilla.—Reedificanla los moros granadinos.—Tradicion árabe.—Alvaro Bazan en Rio-Martin.—Decadencia de Tetuan.—Alcazaba.—Mezquitas y calles.—Tiendas.—Poblacion.—Las monas.—Tetuan española.—Septa.

¡Tetuan! ¿Quién no ha oído en España hablar de Tetuan? ¿quién no se ha forjado allá en su imaginacion y en momentos de patriótico entusiasmo la imagen de esta perla marroquí, de esta odalisca muellemente recostada en su lecho de flores y follaje? ¿Quién, en fin, no se ha sentido inflamar en amor de la patria al grito mágico de «¡Tetuan por España!» Esta ciudad de recuerdos gloriosos vive y vivirá eternamente en la memoria de los españoles, como que es la página más brillante de nuestra historia militar en los tiempos modernos.

Es Tetuan una ciudad antiquísima; y por más que no podamos precisar la época de su fundacion, es indudable que existia en tiempo de los romanos y que era conocida con el nombre de *Tagath*. Conquistada despues por los árabes, siguió bajo su dominacion, siendo más de una vez destruida, efecto de las intestinas guerras que casi siempre assolaban este país tan fértil y feraz.

Hallábase despoblada allá por los años de 1310 cuando queriendo el sultan Abu Thabet Amer, de la dinastía merinida, poner sitio á la ciudad de Ceuta, que entonces pertenecia á los reyes moros de Granada, ordenó la reedificacion de *Tagath* para que sirviera de cuartel de invierno á las tropas sitiadoras, y de refugio en caso necesario. Murió el Sultán en el mismo año, y su sucesor Abu er Reby Soliman levantó el sitio de Ceuta; pero los trabajos que se habian principiado en los cimientos de la nueva ciudad continuaron con tanta actividad, que no tardó en ser concluida y perfectamente amurallada.

Tomó gran incremento su poblacion, merced á ser el centro del comercio de los puntos limítrofes, y aún más por ser la guarida de todos los buques piratas que surcaban las aguas del estrecho gaditano. Quienes más sufrían con estas piraterías eran los buques españoles y las costas de la Península; por lo que D. Enrique III envió

en 1400 la escuadra de Castilla á perseguir á los piratas. Pudo la escuadra forzar la barra de Rio-Martin, ó *Uad el Jelú*, destruyó todos los buques que en ella habia, y echando en tierra toda la gente que llevaba de desembarco destruyó la ciudad, dejándola en tal estado que por espacio de noventa años no fué habitada ni reedificada.

Cuando los Reyes católicos conquistaron á Granada despues de un cerco de nueve meses, poniendo fin con esta conquista á una guerra de ochocientos años, muchos granadinos pasaron á Marruecos, desembarcando en Rio-Martin. La primera diligencia de los emigrados fué dirigirse al Sultán de Fez en demanda de hospitalidad y de terreno donde edificar una ciudad que les protegiera contra las revoltosas tribus del Riff. No sólo accedió gustoso el Sultán á su peticion, si que tambien les señaló por jefe y gobernador á Sidi el-Mandri, valeroso capitán que despues de haber defendido á sus reyes

en Granada pasó al Magreb con el último rey Abu Abd-Allah (Boabdil). Este capitán ordenó inmediatamente que se levantarán los muros de la nueva ciudad en el punto mismo donde antes estaba *Tagath*. Las murallas, pues, fueron las primeras obras que hicieron los granadinos, y en el centro de su circuito edificaron una gran mezquita con un alto minarete tachonado de menudos y vistosos azulejos.

La tradicion mora refiere que en lo más elevado de este minarete habia un agujero por el que un centinela estaba siempre observando el campo, gritando á sus hermanos en caso de alarma: *Tet-Tagüen, Tet-Tagüen* (abre ojo, abre ojo), lo cual indicaba que debían suspender

el trabajo para empuñar las armas y defenderse de los rifeños, que más de una vez quisieron impedirlo. De tal modo, pues, se acostumbraron los moros granadinos y los mismos rifeños á oír las palabras *Tet-Tagüen*, que en lo sucesivo llamaron con este nombre á la nueva ciudad.

Dejando á un lado lo que esta tradicion tenga de verdad, es indudable que continuaron edificando sus murallas y fortalezas, interin á ella venían muchos moros de aquellas montañas atraídos por la fama de Sidi el-Mandri, quien no cesaba de hacer correrías á los campos de Ceuta y Tánger, plazas pertenecientes entonces á Portugal, con sus 400 guerreros granadinos, y llegó á cautivar hasta 3,000 cristianos, á quienes obligó á trabajar en la construccion de las casas y edificios con que hermoseó y adornó el recinto que circuián las murallas.

Despues de la muerte de este caudillo origináronse no



MADAGASCAR.—Funerales entre los Howas: El portador. (Pág. 70).



pocas disensiones entre los habitantes de la nueva población, por lo que perdió mucho de su importancia. Por otra parte, D. Pedro de Meneses, conde de Alcoutin, no cesaba de perseguir á los tetuanes y de hacerles todo el mal posible, saliendo con frecuencia de Ceuta, donde estaba de gobernador, á talar sus campos y destruir sus ganados, en cuyas salidas hizo proezas y cosas nada comunes. Cuéntase, entre otras, que con solo 140 lanzas embistió á un ejército de 10,000 hombres que habían traído los hermanos del rey de Fez para defender á los tetuanes, y sin perder él un solo soldado dejó 200 moros en el campo.

Posteriormente, y cuando los portugueses iban perdiendo terreno en África, Tetuan tomó mucho incremento por su comercio é industria, y armó en corso un sinnúmero de bajeles que llevaron el terror y el espanto á los mares. Felipe II quiso poner término á las demasías de estos piratas, y corriendo el año de 1564 envió allá al famoso D. Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, con una escuadrilla de doce galeras. Con esta armada el intrépido marino embistió y destrozó los bajeles piratas á pesar de los esfuerzos que aquellos bárbaros hicieron para defenderse, cerrando despues la embocadura de Rio-Martin con los despojos de las naves echadas á pique y con dos bergantines cargados de peñascos que para este efecto habia llevado de Gibraltar.

Con este golpe tan fatal para los piratas perdió no poco la ciudad de Tetuan, y su comercio fué disminuyendo rápidamente hasta llegar al estado en que hoy se encuentra. La ciudad tambien perdió mucho por las intestinas guerras del país, como la que hubo á la muerte de Muley Ismael en el año 27

del siglo pasado. Sin embargo, á principios de este siglo, en 1808 (1223 de la egira) el sultan Muley Soliman hermoseó mucho á Tetuan y aumentó casi otro tanto el número de casas. Mandó construir el actual Mellahh ó barrio de los judíos y toda la parte Oeste de la ciudad desde las antiguas murallas hasta la puerta llamada de Tánger. Tambien en ese mismo año se concluyó la inmensa y magnífica mezquita mayor de la ciudad.

Tetuan es por su posicion una de las poblaciones más pintorescas del Imperio, y se halla situada en la falda extrema al Sur de *Yebel-ed-Darsa*, á 5 kilómetros del Mediterráneo y 46 S. E. de Tánger. La Alcazaba que domina la ciudad es una fortaleza notable, bien construida y que cuenta con bastantes cañones, aunque de poco calibre. Es tambien considerable la extension

de su recinto, y sus murallas están flanqueadas por varios fuertes medianamente artillados. Las calles, como las de las demás ciudades de Marruecos, son estrechas y oscuras, por estar muchas de ellas cubiertas por el piso alto de las casas. El palacio de Ersini, la casa del Jetif, la de Haatar, el palacio del gobernador y algun otro edificio son bellísimos en su clase. La multitud de mezquitas y *cubbas* (capillas) de los santones han valido á Tetuan el nombre de *ciudad santa* que le dan los moros, si bien dichas mezquitas nada ofrecen de particular, exceptuando la principal, que es hermosa y sumamente grande, como ya hemos dicho.

Aunque Tetuan es una de las ciudades menos comerciales del Imperio, vense, no obstante, en sus calles numerosas tiendas ó bazares surtidos con los productos del interior y diferentes manufacturas, ya del país, ya tambien europeas. Calcúlase su población en 20,000 habitantes, de los cuales 5,000 son judíos, que allí, como en casi todas las ciudades, tienen su *Mellabb* (salado) ó barrio separado, cuyas puertas se hallan cerradas y guardadas de noche por los mismos moros.

En frente de Tetuan hay una elevadísima montaña llamada *Yebel de beni-Hozmar*, en cuya cima habitaban las famosas monas que tanto nombre le dieron en otro tiempo; pero desde la guerra con España han escaseado mucho, siendo de creer que, mal avenidas con el estruendo de las batallas, hayan emigrado al interior en busca de una tranquilidad que no encontraban en sus antiguas posesiones. Entre esta sierra de las monas y la ciudad corre serpenteando el rio Martin ó *Uad el-Jeli* (rio dulce), que á uno y otro lado tiene infinidad de huertas hermoseadas con frondosos naranjos y

árboles de todas clases. De Tetuan al fuerte Martin (1) hay una extensa llanura que en el invierno forma una inmensa laguna, sobre todo si aquel ha sido muy lluvioso, mientras que en la primavera y estío se ve cubierta de trigo, maíz, cebada y otros cereales y hortalizas.

Tetuan fué el objetivo del ejército español en la guerra de 1859 á 1860: á consecuencia de la completa victoria reportada por el general O'donnell el 4 de Febrero

(1) Este fuerte, colocado en la embocadura del rio, fué bombardeado por la escuadra española el 29 de Diciembre de 1859, quedando en muy mal estado; pero al momento fué reedificado por los moros, dirigidos por oficiales ingleses, segun lo atestiguaron los judíos cuando nuestras tropas entraron victoriosas en Tetuan. El que oficiales ingleses dirigieran las obras de este fuerte no debe extrañar á nadie, pues públicas y notorias fueron las simpatías de Inglaterra con los moros durante nuestra gloriosa campaña.



MADAGASCAR. — Funerales entre los Howas: Los músicos. (Pág. 70).



MADAGASCAR. — Funerales entre los Howas: Tipos diversos. (Pág. 70).



de 1860, los príncipes magrebinos Muley el Abbas y su hermano Muley Hamed, jefe de la caballería marroquí, se pronunciaron en retirada, y dos días después nuestras tropas, partiendo de la torre *Quelali*, en donde se dió la batalla, pasaron á ocupar á Tetuan, que el 2 de Mayo de 1862 se perdió de nuevo para la civilización siendo devuelta á los moros. Durante la dominación española la ciudad revistió, como era natural, el carácter de semi-europea: se establecieron importantes mejoras, como el alumbrado público y otras, y el día 1.º de Marzo de 1860 se publicaba el número primero y único del periódico *El Eco de Tetuan*, que desgraciadamente no pudo continuar sus tareas (1).

En la actualidad es considerada Tetuan como una de las principales poblaciones de Marruecos: es residencia de un cónsul, de un vice-cónsul y de un recaudador, nombrados por el Gobierno de España; en ella se halla también establecida una de las casas de la Misión católico-española, habitada ordinariamente por dos sacerdotes y tres religiosos legos, todos franciscanos, procedentes, como los demás que residen en el Imperio, del Colegio de misioneros establecido en Santiago de Galicia. La iglesia, casa-misión y consulado español son de construcción moderna; habiendo costado estos edificios después de la guerra la Comisaría general de los Santos Lugares de Jerusalén, en cuya fábrica y conservación se han gastado ya más de 3 millones de reales; á pesar de lo cual creemos que alguno de los mencionados edificios no reúne todas las condiciones de seguridad y duración que serían de desear. Es digno de notarse que después de una guerra tan gloriosa como costosa para España, ésta paga anualmente un censo por el terreno donde se construyeron estos edificios.

Hay igualmente en Tetuan varios consulados, ó, mejor dicho, agencias extranjeras, cuyo cometido es velar por los intereses europeos, y que en su mayor parte están desempeñadas por judíos de alguna posición.

## ALBUM MALGACHE.

### VI (\*).

#### FUNERALES.

Con ocasión del fallecimiento de un cristiano malgache, el P. Alfonso Taix escribía desde Antanjuandriano en Agosto de 1873 la siguiente relación:

...Hace más de un año que un edicto Real mandaba suspender toda celebración de los funerales, en los que acostumbran estos malgaches desplegar gran solemnidad. Pretendíase que la soberana de los Howas estaba en cinta, y á sus súbditos no podía caberles motivo suficiente de tristeza. El futuro nacimiento de un príncipe debía ins-

(1) Para demostrar á qué altura se halla la civilización entre los marroquíes, debemos advertir que todas estas mejoras han desaparecido ya por completo. Tan pronto como nuestros soldados evacuaron la población, todo cambió en ella repentinamente. Se borraron los nombres de las calles y los números colocados sobre las puertas de las casas; no quedó ni siquiera un farol para el alumbrado público; se arrancaron todos los árboles plantados á los lados de la carretera construida por la guarnición para facilitar las comunicaciones de la ciudad con el puerto, y en una palabra se destruyó todo lo que pudiese recordar el triunfo de España sobre la media luna.

(\*) V. tomo I, págs. 452, 475 y 502.

pirar una alegría capaz de borrar todo linaje de penas y sinsabores. Por esto, hace diez y ocho meses, los muertos no tienen derecho alguno á los honores fúnebres. Nada de cantos, ni de música, ni de bueyes inmolados, ni de gritos, ni de lamentaciones: todas estas señales exteriores de luto y de tristeza quedaban aplazadas para cuando pluguiese á la voluntad del Gobierno de la Emirina.

El príncipe esperado no apareció. Sin embargo, el edicto contra los funerales conservaba casi todo su vigor, cuando á fin de Junio de este año las familias que guardaban luto han podido dar libre curso á sus lágrimas y rendir á sus parientes difuntos los deberes religiosos de la sepultura definitiva.

Benito Rabengita, antiguo jefe de los Tsimahafotsy de Ambohipeno (1), muerto en Diciembre de 1871, un año después de su bautismo, esperaba también las honras debidas á sus mortales despojos, y que al fin le han rendido su familia y su tribu. En el día fijado para la ceremonia Ambohipeno se vió como invadido por las numerosas diputaciones venidas de los pueblos circunvecinos y de la ciudad de Ambohimanga.

Era el 4 de Julio por la mañana. La multitud salía sin orden, pero silenciosa, por la puerta del Sud; atravesaba el doble foso abierto bajo el reinado del belicoso Andrianampoinimerina, y dirigíase al pié de la montaña, á un kilómetro de distancia, para asistir á la exhumación de Rabengita; pues en virtud del edicto de prohibición no había podido ser enterrado en el sepulcro de sus antepasados.

Después de esperar algunos momentos, apareció ante la conmovida multitud el cuerpo del anciano, envuelto, ó mejor cosido á la manera de las momias egipcias, en una cuádruple *lamba* (capa) de seda roja, orlada de perlas de acero. No despedía hedor, ni presentaba señales de descomposición.

Allí estaban sus parientes y amigos. En vano intentaría dar una idea exacta de aquella escena, pues ¿cómo reproducir los clamores, los gemidos, las señales de desolación de toda la multitud? La vieja Magdalena, la mujer de Benito, estaba postrada cerca del féretro. En vano una de sus esclavas le sostenía la cabeza y trataba de consolarla: el dolor y las lágrimas, largo tiempo contenidas, rompieron al fin impetuosamente. La misma esclava, en desorden su cabellera, parecía también sucumbir bajo el peso de la aflicción; su llanto no cedía al de su ama, y al par que trataba de consolarla, provocaba nuevas lágrimas. En esta desolación tomaban también parte los parientes y amigos del finado; todos los concurrentes, ó por simpatía ó por conveniencia, lloraban y sollozaban.

En medio de tan triste y conmovedora escena, y aunque cueste creerlo, oyéronse repentinamente cantos festivos y una alegre música compuesta de tres flautas y un tamboril, esforzándose, hasta no poder más, en calmar el dolor público. Su repertorio era poco variado, de manera que la tonada era siempre la misma.

Pusimos en marcha para subir de nuevo á Ambohipeno. Precedía la cruz, y en pos de ella iban ordenadamente las mujeres. Seguían los parientes, unos llevados

(1) Ambohipeno es un pueblo situado á más de una legua al Este de Tananarive.



en palanquín, otros en hombros de un robusto criado; despues los músicos con cierta arrogancia y desenfado; el féretro seguido del sacerdote y de dos acólitos, y en fin los hombres y los curiosos. En vano hubiera intentado el fúnebre cortejo tomar el estrecho sendero que acababa de seguir al descender al valle, y tuvo que atravesar empalizadas y campos sembrados de yuca y patatas, y verificar un sin fin de evoluciones que ocasionaron algun ligero desórden en la marcha. No obstante, los músicos continuaban dale que dale con su monótono estribillo, y las mujeres suspiraban y cantaban una fúnebre tonada.

El cuerpo entró triunfalmente en Ambohipeño. Grupos de curiosos cubrían las lomas vecinas, y otros se habían encaramado en los sicomoros seculares que protegen los fosos. Segun la costumbre malgache, habíase adornado interiormente una choza con finas esteras y *lambas* de seda y algodón. Allí fué depositado el féretro, y los amigos entraron alternativamente á cantar y llorar hasta la mañana siguiente. La música estaba pujante como nunca, y se la mandó salir fuera, con lo cual pudimos rezar dos partes de Rosario.

El pueblo tenía un aspecto de fiesta. Por todas partes resonaban gritos, animadas conversaciones y aún disputas; los niños saltaban al rededor de los bueyes que eran inmolados y de los cuales iban á tomar su parte; las cabañas estaban llenas de forasteros, y ácurrucados en torno de la marmita donde se cocía el arroz, conversaban ó cantaban, moviendo grande algazara.

El sábado 5 de Julio, á la salida del sol, reuníase la muchedumbre en la iglesia de Ambohipeño. El ataúd de Rabengita fué colocado en un rico túmulo que los extranjeros, fuesen paganos ó protestantes, admiraban grandemente y que me valió muchas gracias y felicitaciones de la familia del difunto.

El P. Gauchy, mi antecesor en esta parroquia, quien había instruido y bautizado al viejo Benito, se creyó obligado á venir con objeto de pronunciar su oración fúnebre, y su palabra llena de fuego conmovió todos los corazones. Cantóse la misa de *Requiem* con el concurso de los Hermanos de las escuelas cristianas. Las estrofas del *Dies iræ*, los responsos y demás preces, el humo del incienso, todas las ceremonias católicas inspiraron á los asistentes el más vivo interés. Nunca habían visto desplegar tanta solemnidad en un entierro malgache.

Eran las once cuando por tercera vez era colocado el féretro en las improvisadas angarillas. Siguiendo el órden indicado en la víspera y que he reproducido con el lápiz (*pág. 65*), atravesámos de parte á parte el pueblo de Ambohipeño, saliendo por la puerta que mira á los fosos del Este; y despues de muchos rodeos, pasos en falso y sobresaltos, llegámos al sepulcro de Rabengita, formado de piedras colosales de granito y en el que han ocupado su sitio muchas generaciones.

Las mujeres se agruparon al rededor de la piedra principal, y los hombres en un cerro. Entonces comenzaron con más fuerza los gritos y sollozos. Esta vez no era solamente Rabengita la causa de tantas lágrimas; eran los numerosos antepasados, á quienes era permitido ver, confundidos en la vasta sepultura.

Mas, por grandes que fuesen las muestras de dolor y desolacion, bastó que el P. Gauchy hiciese una ligera se-

ñal con la mano para obtener instantáneamente completo silencio. Entonces habló de nuevo á la multitud, escogiendo por tema la resurreccion y la vida futura, y sus palabras consolaron á los que la fe había iluminado ya.

La ceremonia prosiguió y terminó con calma. Algunos momentos despues disolviase todo aquel concurso de gente, y los hijos de Rabengita venían á manifestar una vez más al misionero su agradecimiento por los honores rendidos á su anciano padre.

## EFEMÉRIDES.

18 FEBRERO 1862.—*Martirio del Rdo. Juan-Pedro Néel (de la Sociedad de Misiones extranjeras), del catequista Juan Tchou, del bautizante Martin Ou y del neófito Juan Tchang en Kay-Tcheu (provincia de Kuy-tcheu en China).*

En Diciembre de 1861, sabiendo el Ilmo. Faurie que el catequista Tchou había preparado una familia de Kia-cha-lung para recibir el Evangelio, encargó al Rdo. Néel que fuése á visitarla. Llegó éste á dicho pueblo el 5 de Enero, y Dios bendijo sus trabajos, pues logró la conversion de otras cuatro familias, y muchas mujeres manifestaron deseos de conocer la doctrina cristiana. El Rdo. Néel envió á buscar á Lucia Y para que desempeñara con estas mujeres el cargo de catequista.

Contaba ya el misionero cincuenta neófitos y se disponía á marchar al lado del Ilmo. Faurie, cuando el jefe de la guardia nacional arrestó á un cristiano y amenazó acuchillar á todos los neófitos. El Rdo. Néel escribió á su Obispo lo siguiente: «Proponíame marchar mañana á la capital, pero el demonio trata de hacer aquí de las suyas... Me quedo para sostener á mis neófitos, el más anciano de los cuales, Juan Tchang, en cuya casa me hospedo, ha sido bautizado esta mañana.» Era el domingo 16 de Febrero.

El martes siguiente á las cuatro de la tarde varios pelotones de satélites y guardias nacionales, mandados por mandarines á caballo y en palanquín, rodean de improviso la casa donde residía el Rdo. Néel, cogen al jefe de la familia Tchang, al catequista Juan Tchou y al bautizante Martin Ou. El misionero, para ganar un poco de tiempo, se encierra en su aposento, toma su pasaporte y esconde debajo de la cama su cáliz y sus ornamentos. Pronto salta la puerta en astillas, y los satélites se precipitan sobre el misionero, destrozan luego todos los muebles, llévanse toda la ropa que encuentran y los demás objetos de algun valor. Despues de enviar un destacamento al pueblo vecino para apoderarse de Lucia Y, conducen á los cuatro presos maniatados á Kay-tcheu, distante 5 *lis* (media legua). El Rdo. Néel es atado por los cabellos á la cola de un caballo, y le hacen correr á gusto del ginete, lo cual excita la hilaridad de la tropa.

Llegados al pretorio, los presos encuentran ya al mandarin sentado en su tribunal.

—¿Cómo te llamas? —pregunta al misionero.

—En lengua china me llaman Uen; mi nombre francés, Néel.

—Arrodillate como los demás.

—Yo no soy chino; he venido de Francia á predicar la religion á favor de un tratado hecho de comun acuerdo entre nuestros dos imperios. No me arrodillaré. Soy un huésped y no un criminal.

Un soldado toma una cadena, sacúdela rudamente sobre los hombros del misionero, y á fuerza de golpes lo derriba al suelo. El reverendo Néel se levanta sobre sus rodillas y muestra su pasaporte.

—Este pasaporte, grita el mandarin, te lo ha entregado tu Gobierno, pero no el nuestro, y no sirve. Fuera de que no se trata de esto. Renuncia á tu religion, ó muere.

—Es inútil tu mandato; mátame, si quieres.

—Y á no tardar. Y vosotros, imbéciles (añadió dirigiéndose á los tres cristianos), ¿renunciáis á esta religion?

—¡Jamás! ¡jamás! —respondieron á una voz.

—Matadme toda esta canalla, y basta ya de palabras.

Y tomando la pluma extendió el mandarin esta corta sentencia: «He descubierto una conspiracion antes de estallar, y he castigado con la última pena á sus autores.»

Mientras escribía dijo uno de los asesores:



— Este hombre tiene un pasaporte; es sin duda un francés, y no podemos matarle.

— Pronto verás, replicó el mandarin, que á un francés se le mata con la misma facilidad que á un chino.

Y luego, al ponerse en marcha el cortejo, gritó:

— Despojados de sus vestidos, pues no son dignos de llevarlos.

Los cristianos, sobre todo el Rdo. Néel, resistieron cuanto les fué posible, pero tuvieron que ceder á la fuerza. Atáronles las manos á la espalda y los condujeron, á través del populacho, fuera de la ciudad.

En este momento llegó el destacamento que conducía presa á Lucía. Como el camino era estrecho, cruzóse con el Rdo. Néel casi hasta tocarle. La comitiva se detuvo en el acto, y los cuatro confesores fueron decapitados.

Lucía no había andado muchos pasos, é hirieron sus oídos los salbazos, pero nada pudo ver á causa de la multitud. Tal vez se propusieron amedrentarla decapitando á su presencia á los cristianos, pues todavía estaban lejos del campo de las ejecuciones. El jefe de la guardia nacional fué quien mató al P. Néel con su propia mano.

«En el momento en que la cabeza del Rdo. Néel rodaba por el suelo, escribía el ilustrísimo Faurie, dícese que descendió rápidamente del cielo una nube luminosa, permaneció inmóvil algunos instantes encima de su cuerpo, y luego se disipó, dejando atemorizada á la multitud de paganos, y al verdugo más que á nadie. Por lo demás, este prodigio no admirará á ninguno de los que han conocido al reverendo Néel, pues era un santo.»

Los cuerpos de los mártires fueron dejados sin sepultura por mandato del mandarin, para que los devorasen los lobos y leopardos que abundan en aquellos parajes.

A la mañana siguiente fué decapitada Lucía, y su cuerpo arrojado á un muladar.

Deseoso de recoger los cuerpos de los mártires, encargó el ilustrísimo Faurie á varios cristianos que recorriesen el país de Kay-tcheu en busca de sus huesos, pero nada encontraron en el sitio de la ejecución, y sólo consiguieron recoger algunos girones del vestido de Lucía. Vieron las cinco cabezas colgadas de lo alto de las murallas, y fueron inútiles las tentativas que hicieron de noche para llevárselas. El Obispo organizó una nueva expedición, escogiendo al intento cinco animosos jóvenes que fueron más afortunados, pues el 6 de Marzo de 1862 las cinco cabezas y la cuerda de que colgaban eran depositadas en manos del Ilmo. Faurie.

Las cabezas fueron colocadas en una urna de loza y enterradas de noche en un campo á corta distancia del colegio, pues temíanse pesquisas. Quince días después metiéronlas en una caja dividida en cinco compartimientos, que fué colocada en la cripta del Ilmo. Albrand, primer vicario apostólico de Kuy-tcheu.

La sala de los Mártires del Seminario de las Misiones extranjeras de París posee el fragmento de la cuerda de que colgaban las cinco cabezas de los mártires durante el tiempo que estuvieron expuestas en las murallas de Kay-tcheu; mechones de cabellos del Rdo. Néel, de Martin Ou, de Juan Tchang y de Juan Tcheu, y diversos objetos que habían pertenecido al primero. En la misma sala se ven dos retratos del Rdo. Néel: uno pintado por un chino en el Kuy-tcheu, y otro al lá-

piz y en el mismo traje que el precedente, ejecutado en Francia y sirviéndose, para la figura, de una fotografía que poseía la familia del mártir. Este segundo retrato es el que representa nuestro grabado.

## NECROLOGÍA.

**Gibraltar.**—El 30 de Julio de 1880 pasó á mejor vida el Ilmo. Juan Bautista Scandella, obispo *in partibus* de Antinoe y vicario apostólico de Gibraltar. Había nacido en esta última ciudad el 10 de Setiembre de 1821, de padres genoveses dedicados al comercio, quienes le supieron dar una buena y acertada dirección en sus estudios, aprovechando la disposición y habilidad natural que para ellos mostraba.

Habiendo pasado al colegio de la Propaganda de Roma á continuar sus estudios, cursó con lucimiento todo género de letras y de ciencias, en especial las eclesiásticas, hasta ser recibido de doctor por aquel ilus-

trado establecimiento. A los veintitres años de edad recibió las primeras órdenes sagradas en Roma, y ordenado presbítero el 25 de Marzo de 1845, pasó á la isla de Corfú, donde ejerció su sagrado ministerio de misionero apostólico, hasta que, promovido por Pío IX, de santa memoria, para la dignidad de obispo de Antinoe y vicario apostólico de Gibraltar, pasó á Londres, donde fué consagrado por el cardenal Wiseman el 30 de Noviembre de 1856.

Persuadido de que el bienestar material y toda la felicidad de un pueblo han de tener como condicion necesaria de su existencia el desarrollo conveniente de las ciencias, no menos que el ejercicio y la práctica de las virtudes cristianas, el nuevo Prelado trabajó desde su llegada á Gibraltar en la construcción de un colegio de primera y segunda enseñanza bajo la advocación de San Bernardo.

Para la educación de las jóvenes reformó y amplió el instituto de Nuestra Señora de Loreto, dirigido por las religiosas del Buen Socorro, y frecuentado por jóvenes de las principales familias de Gibraltar y de España. No siendo esto suficiente, y adelantando la enseñanza de la falta de una organización sólida

y estable, llamó á su ciudad episcopal, desde Irlanda, á los Hermanos cristianos, dignos profesores que se encargaron de las escuelas públicas con grande aplauso de aquella población.

La laboriosidad y celo del Obispo de Antinoe en el ejercicio del ministerio apostólico fué igual, si no mayor, al interés que se tomó por la enseñanza. Llevó á feliz término la preciosa iglesia de San José; levantó de cimientos la capilla de Nuestra Señora de Europa, dotándola de un rico altar y de un tabernáculo de mármol para la Imagen; reconstruyó la iglesia de la Caleta, derribada por las aguas; hizo venir á las Hermanas de la Caridad, encargadas hoy del Hospicio. Mas lo que hace inmortal su nombre en Gibraltar es sin duda alguna el templo del Sagrado Corazón de Jesús, soberbio y magnífico edificio, digno de la majestad y grandeza de Dios á quien está consagrado. Estos y otros muchos méritos llamaron la atención de Leon XIII, que en 1879 le escogió para el cargo de Vicario apostólico del Canadá, honor que el sabio Prelado no quiso aceptar, desconfiando de su salud, ya bastante quebrantada.



RDO. JUAN PEDRO NÉEL, martirizado en Kuy-tcheu (China)  
el 18 de Febrero de 1862.